BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO

GENOCIDIO EN QU'ELL

PETER KAPRA



PETER KAPRA

GENOCIDIO EN QU'ELL

«Una tercera parte de ti morirá de pestilencia y será consumida de hambre en medio de ti; y una tercera parte caerá a espada alrededor de ti; y una tercera parte esparciré a todos los vientos, y tras ellos desenvainaré espada.»

EZEQUIEL, 4, 12

CAPÍTULO PRIMERO
EL MAGO DE MONTE U

El joven Lig no estaba arrepentido de nada. Todo cuanto había hecho era noble, justo, altruista y generoso. Cruzó el Muro Alto por el agujero que el destino le franqueó y penetró en el sagrado mundo de los seres rojos.

Si preciso fuera buscar un culpable, cabría señalar al terremoto que hendió la muralla. Pero un terremoto no puede comparecer ante los Tribunales de Qu'ell, cuyos visores penetran hasta el subconsciente, hurgan en la mente y extraen la verdad oculta. La ley era inexorable en Bogvra (País de los blancos de Qu'ell) y Lig-Xix-201 lo había estudiado en los Centros de Enseñanza.

¿Por qué lo hizo? ¿Curiosidad? ¿Instinto? ¿Visión premonitoria? ¿Mandato divino? ¿Necesidad?

Nada de esto. Roek, el Gran Sabio del Monte U, lo dijo:

—Estaba escrito... La Gran Muralla se hendirá y un joven de Bogvra cruzará al mundo de los seres rojos, provocando la Guerra Exterminadora así como su propia muerte.

¿Conocía el joven Lig aquella leyenda y se consideró el predestinado? No. La ignoraba. Nadie se la contó, ni nadie se hubiese atrevido a ello. Bogvra era un mundo grande, pero encerrado en sí mismo cuando el equilibrio de siglos acabó rompiéndose, cuando no hubo más remedio que defenderse, luchando; cuando todo estalló Lig no fue capaz de esquivar la saeta que los soldados del asado Verde le dispararon, hiriéndole de muerte, la Leyenda surgió en Monte U, donde había morado Roek durante... ¿Siglos?

¿Quién era aquel asombroso mago, capaz de devolver la vida a los muertos, remover los cielos y la tierra, escudriñar el tiempo,

tanto el ido como el por venir, y hasta derribar las murallas de Qu'ell?

El Monte U era el único lugar inaccesible de Qu'ell. Sobre su cima había una cúpula invisible que impedía posarse a las águilas. Y bajo la cúpula se erguía una roca de color negro, agrietada por mil sitios, y sólo una de las hendiduras era la entrada al más impresionante palacio subterráneo que se hubiera conocido en aquel mundo insólito, dividido en tres submundos desde hacía milenios.

Lig cayó a la entrada de Kexky, la capital de Kigvra, cuando la hermosa Anel, de piel rojiza, cabellos oscuros y largos, ojos negros, grandes y brillantes, y labios seductores, corría hacia él, para advertirle del peligro verde.

«La selva dominará la tierra», se decía en Bogvra. Lig había interrogado a las máquinas de enseñanza y le dijeron: «Si los hombres mueren en Qu'ell, la selva verde se adueñará de todo. Y transcurrirán millones de siglos para que vuelva una raza humana a poblar el mundo.»

¡Las Máquinas Educadoras lo sabían todo! Los hombres no sabían nada. Vivían, morían, nacían... Siempre igual. Juegos, diversiones, bebidas, comidas, sueños, fantasías y locuras legales.

La saeta hirió a Lig en la espalda y le alcanzó el corazón, abriéndoselo. Su sangre roja —¡cómo la de Anel o la del barbudo Brsig, el huido del Pasado Verde!— empapó la tierra parda y la visión se le fue, así como la consciencia, la razón, la sabiduría y la vida.

Un clamor hendió el aire. A través de sus pantallas cromáticas, el Poderoso Roek presenció la escena y supo que su hora de intervenir había llegado. Sólo tuvo que «inmovilizar» la imagen que le transmitían sus receptores y «envolver» el cuerpo «despersonalizado» de Lig, cuya vida pasó a poder del Gran Sabio de Monte U.

—¡He de traerlo aquí!

Nadie en Kexky vería jamás una muerte tan maravillosa y sobrenatural como la del predestinado Lig-Xix-201, que cayó como queriendo abrazar el suelo que nunca fue enemigo para él... ¡Y en el acto se esfumó, volatilizándose como si su cuerpo hubiera sido humo o como si un velo con propiedades de invisibilidad se hubiera

extendido sobre él!.

Anel y Brsig, los más próximos al joven blanco en medio de la lucha, se quedaron atónitos. Frente a la escalera automática que conducía a uno de los barrios más poblados de la ciudad roja, yacían millares de muertos y heridos. Su mayoría eran blancos, abatidos durante el asalto, segados por dardos de fuego electrónicos o por los disparos de las armas químicas y convencionales.

La muerte era allí indiscriminada, parcial y terrible. Se mataba y se moría por aprender algo que jamás se había sabido y que apenas se adivinaba. Luchaban por ver, por conocer, por saber... ¡Y la curiosidad con ellos!

La muerte de Lig, no obstante, fue distinta: murió y desapareció.

Su cuerpo, «volatilizado» por fuerzas que nadie conocía en Qu'ell salvo el Gran Sabio del Monte U, sufrió un fenómeno comparable al de la «desmaterialización» y la «teletransportación». Ni más, ni menos. Desapareció y se fue. Así de sencillo.

El cuerpo de Lig-Xix-201 volvió a materializarse sobre una especie de mesa de plástico transparente, adosada a un enorme panel de laboratorio físico polivalente, sobre la que ejercía su influencia la acción equigravitacional de una placa de magnetita colocada en el suelo.

El señor de U, vestido con un ropaje holgado, plateado y cómodo, y cubierto con un casco de investigación para múltiples aplicaciones, se inclinó sobre el cuerpo muerto y examinó la saeta y la herida. El cono de luz que brotó del proyector del casco dio la impresión de reblandecer la saeta que Lig llevaba hundida en la espalda. Luego, los dedos del sabio extrajeron el arma, cuya punta de obsidiana había sido impregnada de un veneno letal. El antídoto lo obtendría Roek a los pocos minutos, cuando introdujo la punta de la flecha en una ranura de la máquina laboratorio, y fue inyectado en el cuerpo inerte. Luego, el biorreactivador energético hizo el resto.

Había tanta sabiduría en la mente de aquel ser extraordinario, medio dios y medio brujo, que, con ayuda propia y la de sus máquinas y sirvientes, Lig-Xix-201 no tardó más de media hora en estremecerse, parpadear, mover las manos y luego emitir un gemido.

Roek sonrió. Era un hombre alto, de casi dos metros de estatura,

sin pigmentación de piel, como incoloro, con lo que revelaba no ser de Bogvra, ni de Rigvra, ni de Ultvra. No era, por tanto, blanco, rojo o verde.

Era antropomorfo, por supuesto. De edad indefinida, ojos hundidos y verdosos, labios finos, dientes blancos y afilados, nariz recta y frente abultada. Sus manos eran de dedos largos, con sensores dactilares de fibra y uñas aceradas. Pero desprovisto de esta herramienta ultrasensible, para trabajos delicados, sus dedos eran corrientes, nudosos y finos.

Fue él mismo el que pidió una camilla auxiliar, de suspensión gravitatoria, y que surgió de una ranura alargada de su laboratorio. La colocó junto la camilla de plástico y empujó al cuerpo del resucitado, depositándolo encima.

A continuación, el extraordinario morador del Monte U se llevó consigo al resucitado.

* * *

Cuando Lig empezó a tomar conciencia de sí mismo, se encontró en una especie de sala, ante un mirador panorámico de gran amplitud. Yacía sobre un lecho ortopédico, levemente incorporado, para poder admirar cómodamente el paisaje, que era un dilatado valle, rodeado de colinas, en cuyo centro había un lago.

En una especie de butaca «flotante», Roek, el Gran Sabio del Monte U, estaba sentado, mirando al valiente joven. Sonrió y habló con voz grave, profunda, como emitida por cuerdas metálicas, preguntando:

—¿Cómo te sientes, Lig?

—Yo... Me hirieron, ¿verdad? —preguntó el joven, mirando con incredulidad a su anfitrión—. ¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Por qué me encuentro aquí?

—Me llamo Roek. Estás en mi residencia del Monte U y te encuentras aquí por una serie de circunstancias, la primera de las cuales tuvo lugar cuando encontraste la hendidura en el muro que separa Bogvra de Rigvra. ¿Le recuerdas, Lig? El joven se esforzó en sonreír, pese a estar maravillado, a no poder apartar la mirada del sujeto increíble que tenía delante y a no comprender cómo había llegado hasta aquel fantástico lugar.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Vivimos en un mundo dividido en tres grandes regiones, donde moran seres aparentemente distintos. Sé

que está prohibido hacer lo que hice, porque la ley que nos enseñaron desde niños es tajante: no penetraremos en territorios prohibidos bajo pena de muerte o internamiento perpetuo.

—Dura pena, ¿eh? —dijo Roek—. Y, a pesar de ello, tú penetraste en territorio rojo.

—Sí.

—¿Por qué lo hiciste? —La mirada de los profundos y enigmáticos ojos del Gran Sabio pareció taladrar el paciente.

—Fue un impulso. No lo pude evitar. Sé que debí regresar a Utt y comunicarlo a las autoridades. Pero… la grieta en el muro llamó poderosamente mi atención. Me encontré ante ella al salir del bosquecillo. No esperaba una cosa así, ¡lo juro! La curiosidad me dominó. Fui el primer ser de Bogvra que iba a ver cómo es Rigvra. Incluso llegué a ilusionarme con la idea de conocer a alguien del otro lado de la Muralla, como así ocurrió.

—¿Anel Liamp? —preguntó Roek.

—Si… ¿cómo lo sabes?

El Gran Sabio se reclinó en su asiento.

—Todo está escrito desde el principio de los tiempos… Un muchacho blanco pasará al mundo de los hombres rojos, lo que provocará la Gran Guerra del Exterminio… Y eso es lo que está sucediendo ahora. —Detrás de Roek, en el muro, se descorrió un panel y apareció una gran pantalla telescópica a la vez que se oscurecía el cristal del mirador panorámico.

—Yo puedo observar el desarrollo de la guerra desde aquí. Tengo medios de ultratelevisión bifocal para ver lo que está ocurriendo… Observa, los blancos han logrado vencer la resistencia en Kexky, en una de cuyas entradas caíste tú, y sus carros ligeros entran en la ciudad. La masacre, como puedes observar, es espantosa.

Efectivamente, Lig quedó atónito al ver la pantalla iluminarse con el vivo color de la contienda, el fuego, el humo, el choque de seres de dos razas, la destrucción y el aniquilamiento.

—¿He provocado yo esa carnicería? —se lamentó Lig, desesperado—. Si hubiera sabido lo que iba a ocurrir…

—No, nada de eso. Esto tenía que suceder. Tú diste el primer paso. Pero si no lo hubieras hecho, lo habría dado otro cualquiera, tanto de Bogvra como de Kigvra. Yo sé cómo se piensa y se siente

en esas dos regiones. Son muchos los siglos de aislamiento y separación... Exactamente, cien siglos han transcurrido desde que Qu'ell ordenó la división, para establecer su sueño de Ayer, Hoy y Mañana, que es la religión filosófica más absurda que haya podido existir.

Roek hablaba sin mirar a la pantalla en donde se estaban produciendo las más espantosas escenas bélicas, como por ejemplo, la de una máquina individual de suspensión gravitatoria, lanzándose sin gobierno sobre un edificio, en cuya escalera espiral había un grupo de niños de piel rojiza, y provocando una explosión al reventar los depósitos de energía, con lo que murieron todos los pequeños y algunas mujeres.

En el cruce de dos pasos elevados, ahora detenidas con cintas, una tanqueta protegida por una barrera magnética, rechazaba todos los proyectiles que le lanzaban, a la vez que, sistemáticamente, disparaba granadas de carga bioelectrónica, de gran poder rompedor, que estaba causando un enorme destrozo en derredor suyo. Por suerte, un aparato volador tipo estrella, con un ígneo y desesperado ataque, se lanzó sobre la tanqueta y penetró por la barrera magnética. El estallido fue casi cegador. Se oyó un chasquido, hubo una luz vivísima y cuando se disipó la onda... ¡el cruce de los dos pasos elevados y los edificios de su entorno habían desaparecido!

—¡Espantoso! —exclamó Lig—. ¡Están muriendo millones de personas! ¡Hay que hacer algo para impedirlo!

—Ya es imposible, Lig. Nadie podría reconciliar a las razas. Estaba escrito y así ha sucedido. ¿Crees que esto obedece al azar o la casualidad? ¡Ah, no! ¡Nada de eso! Esta conflagración se ha estado gestando desde hace muchos siglos.

»Yo puedo contarte la verdad, amigo mío. Cerraré la transmisión para que el aniquilamiento de tu raza y la roja no te conmueva. Cuando la aniquilación se haya consumado, sobre Qu'ell prevalecerá la selva.

—¿Quiere esto decir que no sobrevivirá nadie? —preguntó Lig, horrorizado.

Roek denegó con la cabeza.

—No. Cuando los filósofos-profetas del pasado dijeron que después de la Gran Guerra del Exterminio prevalecería la selva se

referían a la raza del pasado, a los seres verdes, los cavernícolas, trogloditas y cazadores de la jungla. Así establecieron el ciclo. Exterminio de las dos razas superiores y predominio de los salvajes. La selva con los seres verdes.

—¿Ellos dominarán Qu'ell? —preguntó Lig, atónito.

—Eso establecieron los antiguos amos de U. Pero yo disiento. Veamos. Hay fuerzas, al parecer ocultas o secretas, que mueven los impulsos naturales de los seres humanos de Qu'ell. Tú lo has visto muy bien. Pasaste al otro lado de la Gran Muralla, levantada hace cien siglos para separar a una raza y convertir el mundo en tres partes, y has visto lo que ha sucedido.

—Sí... Anel me acogió bien, pero sus compañeros me trataron como si yo fuera un criminal.

—Si Anel u otro cualquiera hubiese atravesado la Gran Muralla y penetrado en Bogvra, el resultado habría sido el mismo —agregó Roek, seriamente—. El que lo dispuso todo, dispuso también la especie de espoleta retardada en la cadena biológica, para cuando llegase el momento adecuado se actuase como estaba previsto. Los organismos poseen genes, al parecer dormidos, que despiertan en su momento oportuno, obedeciendo leyes naturales y ancestrales.

»La Gran Guerra del Exterminio estaba escrita en la cadena evolutiva de la colectividad. Igual que un niño carece de barba, pero cuando llega a cierta edad su metabolismo le proporciona primero el vello y después el abundante pelo, en el metabolismo colectivo había un gene que esperaba el momento. Tú has sido elegido como instrumento involuntario para desencadenar la conflagración. Cruzaste el muro, fuiste detenido por los seres de Rigvra y tus compatriotas, advertidos por Anel y Brsig, fueron a salvarte. Lo lograron a costa de perder casi doscientos hombres y luego, los rojos se desquitaron en Utt, Tr'aak, Gog y Ser-Aza, en cuyos combates murieron millones de seres.

»Ahora, la guerra se ha generalizado. Los rojos, que parecían vivir en un continuo presente, sin progreso alguno, como si la civilización no tuviera futuro, se han transformado y, gracias a su ingente número de seres, han organizado la más poderosa industria bélica de Qu'ell. Los rojos han perdido más hombres, pero están recuperándose con velocidad y pronto van a utilizar sus armas robóticas. Entonces vais a ver que todo vuestro fabuloso progreso

no era nada comparado con los siglos de abstracción, meditación, calma y espiritualidad. La raza de Kigvra, que en su origen era igual que la vuestra, ya que la pigmentación fue primero artificial y luego natural, como ocurre con la de los hombres verdes, es tan poderosa como vosotros. Os ganan por veinte a uno y su ingenio es increíble.

Atónito, Lig-Xix-201 sólo acertó a balbucear:

—No es eso lo que me enseñaron en el Centro Educador «Bat-Zax-936». Yo creía que en Rigvra no querían saber nada con Bogvra.

Roek alzó las manos en un gesto elocuentísimo:

—¡Ah, lo que te enseñaron es algo muy distinto a la realidad! Qu'ell llegó a considerarse un dios, cuando no era más que un hombre. Y la diferencia es notable. Entre Uno y el otro hay muchos miles de años de existencia y una larga y profunda sabiduría.

—¿Existen, en realidad, los dioses? —preguntó Lig.

Roek denegó con la cabeza.

—No. Dios sólo es un concepto muy abstracto. La idea de lo máximo en todo. Pero idea, al fin y al cabo, forjada por la megalomanía Rumana. Esto ha ocurrido en todas las razas y en todos los mundos. Como el hombre no puede ser más de lo que es, ha divinizado su propia imagen.

»Qu’ell hizo lo mismo. Alcanzó una prolongada longevidad, casi los treinta mil años, aunque hubo de modificar el concepto del tiempo. Fue un sabio muy grande, porque su equipo de colaboradores estudió mucho. Pero como estadista fue un imbécil. Fue él quien puso su nombre a este planeta, cuya estructura cambió geológica y físicamente, distribuyendo mares y tierras a su capricho.

»Luego —prosiguió diciendo Roek, seriamente—, dividió el planeta en tres partes y separó a los pueblos en tres razas, logrando, incluso, modificar la pigmentación de la piel, por medio de mutaciones biológicas, hasta que los Hombres del Pasado adquirieron una tonalidad verdosa; los hombres del futuro, esa tonalidad blanca o lechosa y los hombres del Presente, o sea la raza de Qu'ell, quien pretendía perpetuarse en ellos, tomaba la tonalidad rojiza.

»Se trata de un proceso genético que se inició con un producto derivado de la melanina y que Qu'ell administró a los supervivientes

de la antigua raza, una vez logró levantar la Gran Muralla de la división. Y cuando te repongas un poco, podrás comprobar por ti mismo que el punto de intersección de la Gran Muralla está precisamente aquí, en el Monte U. Este era el Palacio de Qu'ell, y yo soy su continuador.

—¿Sabía Qu'ell lo que iba a suceder? —preguntó Lig.

—Supongo que sí. Y yo también lo sabía.

—¿Y no has hecho nada por evitarlo? ¿Es que no podías hacerlo?

Roek entornó los ojos y musitó:

—Nadie puede luchar contra el destino. Este planeta es más antiguo de lo que te imaginas. Aquí vivieron infinidad de pueblos y razas. Aquí se conocieron toda clase de contiendas y luchas fratricidas. Y lo que Qu'ell logró, a su modo, fue impedir esas luchas durante muchos siglos. Pero... al final, ya has visto. Todo estaba escrito. Todo se realizó. Yo no soy más que una especie de moderador y cronista, el que observa y anota, de la última fase del viejo planeta Tierra.

—¿Tierra?

Sí. Ese era su nombre antes de que Qu'ell le pusiera el suyo.

CAPÍTULO II
TRES MUNDOS EN UNO

Lig-Xix-201 descendió la escalera automática hasta el piso inferior. Dos robots androides y tan parecidos al hombre que hubiera sido preciso tocarlos para darse cuenta de que su piel era de polivinilo, estaban trabajando en la reparación de una máquina electrónica. Se acercó a ellos y les preguntó:

—¿Qué estáis haciendo?

Se volvieron ambos, se miraron previamente y respondió sólo uno. Su sincronización era perfecta.

—Hay una célula BFG-1.456 con pérdida de receptividad. Este «organismo» pertenece a un ordenador de sonidos pretéritos. Roek gusta de recoger música del pasado.

—Música del pasado —repitió Lig, quien ahora vestía sólo un calzón ajustado, con suela elástica, y llevaba el torso al desnudo—. Se entiende que los sonidos están perdidos por el espacio y ese aparato los recoge, los amplifica y los modula.

—Exacto —explicó el otro androide, sonriendo—. Los sonidos están en expansión. Este receptor los rastrea, los busca, los clasifica, los ordena y los reproduce.

—¿Puede oír lo que se habló en cualquier parte hace años?

—Sí.

—¿Dónde está Roek?

—En su jardín.

Pensando en el receptor del pasado, Lig se dirigió a uno de los pasillos de comunicación y penetró en una cabina de traslación electrónica. Presionó un mando del tablero y, sin oscilaciones ni vibraciones, la cabina trasladó al joven hasta un punto situado junto a los jardines de Monte U, donde, bajo unos árboles frutales y

aromáticos, tendido en una hamaca ortopédica, descansaba Roek, con los ojos cerrados.

—Perdón, Roek —dijo Lig, acercándose—. Siento interrumpir tu descanso. Pero necesito hablarte.

—¡Ah, Lig! ¿Cómo estás? Me alegra mucho tu rápido restablecimiento. ¿Qué deseas?

Lig miró el maravilloso jardín, los setos, árboles, fuentes y jaulas doradas con aves extrañas, y dijo:

—Esto parece el paraíso, Roek. Mientras, allá lejos, mis hermanos se están matando, en lucha contra los hombres y las mujeres rojas.

—Es cierto. La lucha continúa. Y así seguirá sucediendo hasta el exterminio.

—¡No podemos consentirlo! ¡Hay que hacer algo para terminar con esa guerra aniquiladora!

Roek no se movió siquiera. Volvió a entornar los ojos y murmuró:

—«La selva dominará la tierra»... Es decir, los hombres verdes se enseñorearán del planeta cuando vosotros y los hombres rojos hayáis concluido... ¡Es el pasado el que siempre se apodera del futuro, porque el Tiempo no existe! ¿Es que no te has dado cuenta aún, Lig? Porque vuestros relojes os señalan las horas creéis que el tiempo sigue y sigue, interminable, pasando y pasando hasta que llegue el fin. Y ese fin tampoco existe, salvo en las limitadas existencias vuestras. Pero no en la mía.

»Yo heredé la ciencia de Qu'ell, que se creía un dios. Un día, me eligió al nacer y me trajo a U. Aquí me hizo a su «imagen y semejanza»... ¡Qué dos palabras tan históricas y ambiguas a un tiempo! Un dios fabrica a otro dios. Se cansó de vivir, se sintió morir o sabía que no hay nada absolutamente inmortal, y no tuvo valor para dejar el Monte U en manos de androides.

»Eso hizo Qu'ell. Me llamó Roek y me enseñó su ciencia. Luego, expiró. Yo poseo su testamento, su doctrina, su ley, su reino. Pero... ¡yo sé que Qu'ell estaba equivocado!

—¿Qué quieres decir?

—Qu'ell dividió el mundo en tres y estableció tres razas. Eso ya lo sabes. Sólo te falta saber la razón y yo te la voy a decir. Él sabía muy bien cómo es la mente de los hombres. Yo también lo sé. Y se

dijo que lo mejor era separar a los hombres en tres grandes grupos como si la humanidad tuviera tres planos temporales. Una raza, sin espíritu de progreso, sin adelantos, sin nada más que selva y primitivismo, permanecería en el pasado, dentro de muros infranqueables. La segunda raza sería progresista. Y, naturalmente, acabaría franqueando el muro y tratando de apoderarse de la raza primitiva y de su mundo salvaje.

»Pero Qu'ell estableció otra tercera raza, o sea la que se rige por el continuo Presente o la Humanidad de Dios. Observa bien: los blancos han estado siempre en continuo progreso, mientras que los verdes han vuelto casi a su estado animal. En medio se encuentra la raza sagrada, cuyas oraciones no les impiden cierto progreso técnico, porque sus teólogos saben que vosotros acabaréis atacándoles.

—¡Todo eso es absurdo, Roek! Qu'ell podía haber buscado otra solución a su tedio y dejar que nosotros nos ocupásemos del camino que debíamos elegir!

Roek se incorporó en su hamaca. Su rostro se ensombreció:

—Durante cientos de miles de siglos, en la Tierra sólo se conoció la guerra. Los terrestres se mataban unos a otros sin remordimientos porque habían encontrado argumentos para matar: la defensa propia era uno de ellos. Mataban por justicia, por piedad, por necesidad, por demencia, por instinto, por error, por decreto, por dinero y hasta por amor... ¿Me oyes bien, Lig? ¡Mataban por amor, por celos, por pasión!

»Utilizaron una quijada de burro y un hermano mató a otro. Luego fue la espada, más tarde la flecha, después el arma de fuego y por último la energía atómica o la fuerza fotónica. ¡Horrible, Lig! Tú sabes que se sigue matando, pero no como se hacía antes de Qu'ell. Él acabó con las guerras durante más de cien siglos.

—¿Y tú las has vuelto a desencadenar? —preguntó Lig.

—No. Yo, no... ¡Tú!

El muchacho blanco de cabellos dorados retrocedió un paso. Su rostro se demudó y sólo acertó a balbucir:

—¿ Yo...? ¿Yo...?

—Tú has sido la piedra de ignición. Pero igual podía haber provocado otro la guerra. Lo que yo no puedo, ni debo hacer, es impedirla.

—¿Por qué?

—La respuesta es muy sencilla —dijo Roek, incorporándose y acercándose al aturdido muchacho blanco—. Mis ordenadores y analizadores son muchísimos más completos que los que tenía Qu'ell. Son muchos años de investigación y mejora a mi favor. Y mis cálculos son más complejos, pero también más exactos.

»He llegado a la conclusión de que la guerra entre blancos y rojos es inevitable. Sobrevivirán los hombres del Pasado, o sea los Verdes, y se formará una raza única en Qu'ell, que, sin interferencias ni muros de separación, se prolongará por una cantidad de siglos muy superior al previsto por Qu'ell.

—¿Y es necesario que desaparezcamos blancos y rojos para eso?

—Sí. Es necesario. Claro que eso no va a producirse en unos días ni siquiera en muchos años. Se irá produciendo, porque esta guerra será larga, y, al final... Bueno, ya sabes cuál es el futuro.

—¿He sido resucitado para morir? —quiso saber Lig.

—Alto ahí, mi joven amigo. Tú eres la excepción de toda regla, como lo fue Qu'ell y lo estoy siendo yo. Tú eres mi continuidad... Has sido elegido como el futuro Gran Mago del Monte U y éste es un destino del que muchos seres humanos se sentirían orgullosos.

—Yo, no —replicó Lig—. Creo que debo renunciar a tanto honor y volver a la lucha con mi pueblo.

—No puedes volver a la lucha, Lig —dijo Roek, secamente—. De volver a cualquier parte, sería a la muerte.

—¡Tengo que rebelarme contra tu destino prefabricado, Roek! —exclamó el muchacho blanco—. Yo di el primer paso y crucé la Gran Muralla por la hendidura. Pero conocí a Anel Liamp y sé que nuestro destino puede ser otro muy distinto al que predicen tus máquinas.

—¡Te equivocas, Lig! —se exaltó Roek.

—¿Y no pueden equivocarse tus ordenadores? Me enseñaron en el centro educador que una vez las máquinas se rebelaron contra los hombres. Un solo circuito que falle puede dar millones de respuestas equivocadas.

—Eso era antiguamente, Lig.

—Lo que pudo ser en otro tiempo, también puede ser ahora. Es una ley natural, como nos enseñaron en el Centro BAT-ZAX-936, cuyos circuitos pedagógicos debes controlar desde aquí. ¿No es así?

Por vez primera, el Gran Sabio del Monte U empezó a sentirse vencido por sus propios argumentos.

—Es preferible prefabricar el destino, sabiendo así lo que va a suceder, que vivir en la inquietud del azar imprevisible —dijo Roek.

—¡Eso no es la Vida! ¡Devuélveme a la Muerte y déjame en la oscuridad eterna, porque una existencia como tú me ofreces no me interesa, ni le interesa a nadie.

—Es mejor que vuelvas a tu alojamiento, Lig —habló Roek, gravemente, sintiendo que la duda empezaba a invadirle—. Hablaremos luego de todo esto.

—No. Prefiero volver a la lucha y morir con mis semejantes. Pero sería muchísimo más digno que me permitieras regresar a la vida y poder acabar la contienda. Voy a tratar de escapar de aquí, Roek. Lo intentaré aunque me encierres bajo muros de acero.

—No podrás salir de aquí sin autorización mía. Pero... Déjame pensar... Necesito pensar y hace tiempo que no lo hago. Te veré esta noche, durante la cena.

* * *

Todo el día, el prisionero de Monte U estuvo buscando el camino o la manera de escapar de su encierro. Encontró infinidad de caminos y todos terminaban ante un muro infranqueable. Habló con robots de todas las especies imaginables, y hasta consultó un ordenador de orientación. El resultado fue siempre inútil.

Pudo, no obstante, averiguar cómo discurría la guerra. Y supo, con gran sorpresa, que su amigo Brsog, el barbudo cazador de Ultvra, capitaneaba ya una inmensa horda de salvajes armados con lanzas, flechas y enormes garrotes, y atacaban a los supervivientes rojos de Xerky, exterminándolos.

La Gran Guerra del Exterminio, según pudo juzgar Lig consultando grandes paneles informativos, se había extendido principalmente a Rigvra, el país de los seres rojos y religiosos, y a Bogvra, el país progresista al que pertenecía Lig. Y se luchaba en las grandes ciudades multimillonarias, como Utt, Kerby, Qog, Vi'f, Tr'aaf, Leot y Ser-Aza.

Los grandes templos sagrados de Xerky habían sido ya derribados. Por vez primera en milenios, los aparatos voladores de Bogvra sobrepasaron el Muro Alto y atacaron el continente rojo. La contienda parecía inclinada a favor de los blancos, pero...

Lig-Xix-201 pudo comprobar que la leyenda citada por Roek se empezaba a cumplir. Mientras que el invencible ejército blanco atacaba a los rojos, una masa humana increíble, salida de las selvas del mundo verde, empezaba a deslizarse hacia territorio de Bogvra. Precisamente, en la región de Leot, los salvajes verdosos estaban escalando la Gran Muralla. Habían establecido plataformas de troncos y de la impenetrable selva surgían millones de seres barbudos, semidesnudos y salvajes, que empuñaban armas primitivas. La mayoría de las puntas de flecha estaban envenenadas con productos extraídos de raíces y plantas. Los salvajes de Ultyra, considerados por los observadores aéreos de Bogvra como casi inexistentes, porque las malezas de su territorio les ocultaba, salían ahora de sus madrigueras arbóreas y subterráneas, y se concentraban en los lugares que sus jefes les ordenaban.

Y atacaban en una proporción de doscientos a uno, con lo que nadie podía oponérseles.

Lig los vio atacar en Leot, oleada tras oleada, dejándose abatir en número increíble, inaudito y fantástico, pero sin retroceder ni un paso, saltando sobre los cadáveres de sus propios compañeros, hasta alcanzar los puestos defensivos blancos, en donde aniquilaban a los defensores a bastonazos, con enormes piedras manejadas con ondas, a flechazos y ensartándolos en sus largas azagayas.

Y los vio extenderse por la ciudad, penetrando en los edificios, matando a todo lo que encontraban a su paso, apoderándose de armas, herramientas, máquinas y utensilios y... ¡cosa increíble, respetando sólo a las mujeres jóvenes, a las que hacían prisioneras y llevaban a su retaguardia!

Luego sabría Lig, por boca de Roek, a qué se debía esta deferencia, que también tenían los invasores verdes al ocupar alguna de las ciudades semiderruidas de Rigvra. Las mujeres jóvenes eran sometidas a una esclavitud sexual continua, hasta que los captores se daban cuenta de que las cautivas habían quedado embarazadas. Entonces, se las llevaban a sus selvas, ocultándolas. Las mujeres que no gestaban eran, al fin, ejecutadas, degollándolas con cuchillos de pedernal y obsidiana.

Por todos los medios, sin éxito, Lig trató de buscar a su amiga Anel Liamp, pero no dio con ella. Localizó, sin embargo, a su amigo Brsig, convertido ahora en un dirigente del pavoroso ejército

salvaje. Lo vio en un ataque a la megapolis de Qog, en Rigvra. Le seguían millares de fornidos luchadores, todos provistos de lanzas, flechas, porras y ondas. Brsig, por el contrario, empuñaba un fusil fotónico, cuyos dardos de fuego atravesaban cuerpos, segaban cabezas, hendían miembros y se abrían paso entre el enemigo.

Brsig había aceptado la propuesta de Lig, cuando fue a verle, con Anel, a su celda, en el Templo de Qu'ell, en Xerky. Las tres razas, representadas en aquel momento por los jóvenes elegidos, se juramentaron. Lucharían por abolir el Alto Muro. Se intercambiarían embajadores, expediciones culturales, médicos, educadores, y se volvería a la unidad de Qu'ell. ¡Era preciso intentarlo todo, menos la guerra!

Pero Roek, el Gran Mago del Monte U eligió la contienda.

* * *

—Está bien, Lig. Admito que no soy Dios, sino un hombre que ha vivido muchos años, gracias a la sabiduría que heredé de mi antecesor, Qu'ell.

»Ocurrió, allá por el siglo XXII de la Era llamada Cristiana, que un investigador descubrió algo que los hombres habían estado buscando desde el alba de los tiempos. Un producto que permitía vivir, si no eternamente, muchísimo más de lo que era normal en los hombres... Con el revitalizador, adecuadamente administrado, se puede alcanzar una edad increíble... Sesenta, setenta u ochenta mil años.

»En aquellos tiempos, se decía que la verdad era lo primero. Y el descubridor del elixir de la larga vida debió difundir la fórmula y que todo el mundo hubiera vivido como Qu'ell, yo y algunos otros. Sin embargo, en el siglo que te he dicho, el planeta, que entonces se llamaba Tierra, estaba superpoblado. Vivían aquí unos doce mil millones de seres de varias razas: negra, blanca, amarilla, cobriza y muchos intermedios de mestizaje. Pero la producción de alimentos empezaba a declinar; los mares se habían contaminado, reducido considerablemente las especies marinas y la agricultura estaba en retroceso por falta de agua.

»T.Sendy-Craig, el descubridor de la Fórmula Uno-Seis-Tres, comprendió que en aquellas circunstancias, divulgar al mundo su descubrimiento habría sido catastrófico. Doce mil millones de seres, con un índice de mortalidad del quince por ciento y en unas

condiciones de infrahumanidad, desarrolladas por los egoísmos, el instinto de supervivencia, el hambre, los odios y las pasiones más inmundas, es tanto como si, convertidos todos en dinamita, la Fórmula de Sendy-Craig hubiese sido la espoleta del cataclismo universal.

»La verdad, por tanto, no pudo ser lo primero. Y T.Sendy-Craig efectuó las pruebas de su famosa fórmula en media docena de individuos sabiamente elegidos y dejó que la Humanidad se fuese desintegrando paulatinamente. Guerras, epidemias, catástrofes y otros horrores hicieron que los hombres cambiaran el curso de su inevitable destino. Hubo un salto al espacio, se colonizaron otros planetas y la superpoblación se normalizó.

»T.Sendy-Craig vivió dos mil años, y terminó quitándose la vida, cansado de tan prolongada existencia. De sus seis cobayas, cuatro murieron de accidente, otro fue muerto por Qu'ell y el sexto se murió al cumplir los veintiséis mil años, porque Qu'ell dejó de suministrarle el revital.

»Esa es la historia de la humanidad desde que concluyó la Era Cristiana hasta ahora, hace unos setenta mil años. Yo no viví los primeros tiempos y todo fue cosa de Qu'ell y de su Consejo de Sabios. Fue él quien decidió dar trabajo a los hombres, cambiando los mares de sitio, desplazando las montañas, ordenando la geología natural y haciéndola más racional, a su juicio. Se alzaron las infranqueables murallas, a imitación de una antiquísima muralla china que no había servido de nada, porque las murallas jamás han sido obstáculo a la expansión de los pueblos, al objeto de dar trabajo a millones de seres, y el planeta quedó dividido en tres partes.

—¿Y las colonias de los otros planetas? —quiso saber Lig, intuyendo algo que le había obsesionado siempre.

—No se aclimataron y hubieron de regresar. Hay, sin embargo, expediciones que se perdieron al salir del Sistema Planetario, y de las que jamás hemos tenido noticia. Debieron sucumbir o...

—¿Encontrar algún mundo en donde ahora estén viviendo mejor que nosotros? —volvió a preguntar Lig—. Si esos seres volvieran, tal vez se arreglaría...

—Deja de divagar, Lig. El vivir enseña mucho, aunque cansa. Qu'ell consultó a sus máquinas y trazó un plan, que ha dado

resultado durante cien siglos. Yo he trazado otro. El mío aspira a que tú lleves las riendas de Qu'ell durante mil siglos, volviendo a los principios de una sola raza, superviviente de las demás.

»Quiero que los hombres del Pasado Verde cohabiten con las mujeres blancas y rojas...

—¡Eso es una bestialidad! —exclamó Lig—. La mezcla de sangres degenerará las razas.

—Te equivocas. Es todo lo contrario. Pero no quiero discutir contigo. Tenía pensado hacerte una proposición esta noche, durante la cena. Pero te la haré ahora.

—¿Cuál es? —quiso saber Lig.

—Si aceptas ocupar mi puesto, relevarme del control de Qu'ell, tomar el revitalizador y sustituirme en todo cuanto he tenido que ejecutar hasta ahora, te dejaré libre para que formes la Triada, con Anel y Brsig. Los destinos de este mundo quedarán en tus manos y la guerra podrá acabarse... ¡Pero de sus consecuencias tú sólo serás responsable!

Lig-Xix-201 sólo dudó un instante. Luego, dijo:

—Acepto, Roek.

CAPÍTULO III
EL PONTIFICE ROJO

Lig se acercó a la joven Anel, extendiéndole ambas manos. El estupor de la muchacha era infinito. Miraba a su resurrector, a su alrededor y a sí misma, sin poder dar crédito a su mente, a sus ojos, ni a nada.

—¿Estoy... muerta, Lig? ¿Estamos en el más allá?

—Ni estás muerta ni yo tampoco. Estamos en Qu'ell, respiramos, pensamos, sentimos y vivimos. Quítate esos pensamientos de la cabeza.

—¡Pero tú sí que estás muerto y desintegrado! ¡Yo lo vi, Lig! Te alcanzó una especie de rayo y... y...

Lig se acercó al lecho anatómico de Anel y la abrazó, diciendo:

—Es muy largo de contar, Anel. No estamos muertos, sino todo lo contrario. Estamos más vivos que nunca. Y, si no tienes inconveniente, vivirás muchísimo más que otras criaturas.

»Déjame que te lo explique, Anel. Luego, podrás cerciorarte de todo, cuando hables con Roek, el cual está tratando de hacerse con el cuerpo de Brsig para traerlo aquí.

—No entiendo nada, Anel. Yo estaba con mi padre en el sótano del Templo de Tr'aak. Me hirieron, Lig. Creí que iba a morir y todos rezaban por mi alma. Por eso, al despertar y verme aquí, contigo...

Lig explicó su sorprendente aventura. Dijo a la muchacha roja cómo había sucedido todo y lo que aprendió de Roek. Mientras hablaba, un robot androide penetró en la estancia llevando alimentos para la paciente. Lig le enseñó los paneles de televisión panorámica y luego el paisaje idílico de las colinas y el lago.

—Esta paradisíaca región pertenece a Monte U. Ahí tiene Roek sus jardines y sus terrenos de paseo. Te lo juro, Anel. En cuanto

estés repuesta te lo enseñaré todo y verás que no estás muerta ni habitas en un mundo de espíritus.

—Pero, ¿cómo he podido desaparecer de donde estaba y encontrarme aquí? ¿Están mis padres velando mi cuerpo?

Por toda respuesta, Lig se dirigió al control de televisión superpanorámico y manejó los mandos, como Roek le había enseñado.

—Fíjate bien, Anel. Voy a recoger la imagen y el sonido del lugar en donde te encontrabas... Mira, ¿no es tu padre?

En la gran pantalla surgió la imagen casi tridimensional de dos hombres, uno alto, con atavíos eclesiásticos y corona de pontífice, que estaba sentado en una butaca ante un hombre cubierto con una armadura metálica.

—¡Papá! —exclamó Anel, al ver al individuo de la armadura.

—No puede oírte, Anel. Pero nosotros sí podemos oírle a él. Escucha... Están hablando de ti.

El sumo pontífice de Rigvra estaba diciendo al padre de Anel:

—...Tener más remedio que retirarnos a las montañas, Piar. Creemos que allí, en las galerías naturales, las grietas, roquedales y demás accidentes del terreno, podremos resistir mejor.

—¿Qué ha ocurrido en Xerky, santidad?

—Los hombres verdes se abatieron sobre los restos de nuestra ciudad y lo acabaron de arrasar todo. Pero no han corrido mejor suerte las tropas que atacaron Utt, hijo mío. Dios nos ha vuelto la espalda. No hemos sido suficientemente obedientes y nos castiga con esta terrible y angustiosa prueba.

»Pero dime, Piar... ¿No encuentras extraño que tu hija Anel se desintegrase ante tus ojos, en su lecho?

—No he podido reponerme de mi estupor, santidad. Sólo el diablo ha podido hacer una cosa así. Nadie lo comprende. Es algo sobrenatural.

El jefe del clero de Rigvra sacudió la cabeza.

—Hemos de ser muy prudentes con todo lo sobrenatural, Piar. Y en tu hija concurren varias circunstancias que el Consejo Superior desea conocer con todo detalle. Tu hija fue la que habló con aquel muchacho blanco y ambos propusieron intercambiar embajadores para conocernos mejor los habitantes de Qu'ell. Ellos fueron, si no estoy mal informado, los que estuvieron en la prisión donde

teníamos al cautivo de raza verde...

—Sí, santidad. Todo eso es correcto. Mi hija estuvo luchando contra nosotros en Xerky.

—¡Anatema! ¿Cómo pudiste consentirlo, Piar? —se alarmó el pontífice rojo, cuyo nombre era Grek XXI.

—¡No lo consentí, monseñor! Pero mi hija estaba endemoniada. Y no es de extrañar que se la haya llevado el mismo diablo consigo.

El pontífice rojo se persignó, haciendo la señal de la cruz, y añadió:

—¡Que Dios nos libre de todo mal, Piar! O sea que estaba lamentándose y tú le decías que tuviera resignación, porque Dios la estaba esperando con los brazos abiertos, cuando se esfumó ante tus ojos.

—Exactamente. Estaba cubierta con una manta y al esfumarse, la manta se quedó flácida, arrugada, vacía. El cuerpo se fue de allí.

—¿Has visto alguna vez cosa igual?

—No, santidad.

* * *

Grek XXI dejó el lugar en donde había estado hablando con Piar Liamp y, por un pasadizo oscuro, se deslizó hasta una especie de plazoleta, en donde, sin vacilar, presionó uno de los viejos ladrillos del muro, en un punto conocido por pocos iniciados. La acción fue recompensada al descorrerse un sector del pétreo muro, como si éste hubiera retrocedido, para permitirle penetrar en otra galería iluminada con electricidad.

El pontífice rojo avanzó por aquella nueva galería. A su espalda quedó cerrado el paso. Al cabo de cinco o diez minutos, el pasadizo desembocó en una vía subterránea de paredes metálicas. Antes de entrar, el pontífice presionó varios pulsadores de un tablero que había a la derecha. Lo que ocurrió después fue todo electromagnético. Un pequeño vehículo llegó hasta la misma entrada. Grek XXI abrió su escotilla metálica y penetró en su interior, sentándose en una butaca acolchada, ante la que había una pantalla de televisión, que encendió pulsando un conmutador.

Mientras el vehículo se ponía en marcha, en la pantalla de TV apareció el rostro de un robot androide, que preguntó, de modo impersonal:

—¿Qué desea usted?

—Quiero hablar con Roek. Dile que soy el Pontífice Grek XXI.

El robot no replicó, desapareciendo de la imagen. El soberano religioso de Rigvra hubo de esperar bastante tiempo hasta que, al fin, el Gran Mago de Monte U apareció en la pantalla policroma.

—Hola, Roek. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú? ¿Qué es lo que quieres?

Conteniendo su furia, el Pontífice rojo declaró:

—¡Estás demente, Roek! ¿Por qué has desencadenado esta inhumana contienda? ¿Y qué te propones con el secuestro de gente de Rigvra? ¡Te has llevado a la hija de Piar Liamp!

—¿Demente yo? A veces me haces gracia, Grek XXI. ¿O es que tu santidad te hace desvariar? Eres el jefe espiritual de un mundo que hace siglos debió encontrar a su Dios y aún no lo ha logrado. No pretendo cambiar nada. Te lo dije y lo estoy cumpliendo. ¡Me retiro, santidad! ¡Allá tú con tu conciencia! ¡Yo no soy responsable de esta guerra, sino tú y tu consejo!

—Voy a verte, Roek. Haz que tus robots me dejen pasar.

—No te molestes. No pasarás de la barrera magnética. Ya es tarde para ti.

—¡No puedes decir eso, Roek! ¡Tiene que haber una solución al problema! ¡Hablemos y busquemos el medio de terminar la contienda o no sobrevivirá nadie para que siga buscando el camino de la Divina Luz!

—A mí ya no me importa ese camino. Te repito que he renunciado. Mis máquinas son más perfectas que tus oraciones. Quédate con tu infalibilidad y yo me quedaré con esos tres jóvenes que encontrarán la solución que propones. Pero lo harán sin ti y sin mí.

—¡No, Roek, espera! ¡Déjame verte!

—¡Ni lo sueñes, Grek! ¡Conozco tu poder hipnótico! Ya me convenciste otras veces y no estoy dispuesto a que esta situación se prolongue durante más tiempo. Vive todo lo que quieras, si los salvajes del Pasado Verde te dejan; yo no quiero seguir viviendo más tiempo. Mis tres sucesores están advertidos de quién eres. Lleváis demasiado tiempo tratando de encontrar a vuestro Dios y no lo habéis conseguido.

—¡No, Roek! ¡Por nuestra madre! ¡Déjame verte, hablarte y convencerte!

—Lo siento. Ya es demasiado tarde.

Al decir esto, la imagen del Mago de Monte U se esfumó de la pantalla. Y el vehículo en donde viajaba el Pontífice rojo se detuvo lentamente, sin que sirviera de nada el apresurado manejo de los conmutadores internos, para luego empezar a retroceder.

El extraño personaje que había gobernado en la sombra a toda la comunidad sagrada de Rigvra, mordiéndose los labios no tuvo más remedio que regresar a Tr'aak, donde tenía su sede provisional, en el subsuelo del Gran Templo Sagrado.

Una vez salió de su pasadizo secreto, caminó por el interior de una galería y luego abrió la puerta de su amplio y misterioso despacho. Cuando se sentó detrás de su mesa, presionó un pulsador del tablero de órdenes, diciendo:

—Ven aquí, Dirra.

Algo así como un monje medieval, pero que llevaba al cinto una funda metálica, de la que sobresalía un arma fotónica, entró en el despacho y se inclinó. Iba cubierto con un ropón o túnica, con capucha que le cubría de la cabeza a los pies.

—Dirra, la hija de Piar Liamp se encuentra en poder de un poderoso enemigo nuestro. Hay que matar a Piar para que ese individuo deje volver a la muchacha, la cual debe morir en el nombre de Dios Todopoderoso.

—Sí, santidad. Haremos lo que tú ordenas.

—Hay más, Dirra —siguió diciendo el Pontífice rojo, que ahora consultaba un documento extraído de uno de los cajones de su amplia mesa—. ¿Recuerdas al joven que atravesó el Muro Alto y habló con Anel Liamp?

—Sí. Se llamaba Lig-Xix o algo así. Murió en el asalto a Xerky.

—No, sigue vivo, Dirra. Y es un peligro para nuestra raza. Está en Monte U.

El monje pareció sorprenderse.

—¿U? ¿En poder de Roek?

—Sí, igual que Anel y Brsig. En Control Exterior está el obispo Zaf-fir que puede ponerse en contacto con un robot androide que poseemos en Monte U. Ese robot, cuya clave es «B», puede ayudarnos mucho, en caso de que no sea posible atraer aquí a esos jóvenes.

—¿Quieres que nos ayuden desde Monte U, santidad?

Grek XXI envolvió a Dirra en una furiosa mirada.

—¿Ayudarnos ese hijo de Satanás? —masculló—. Es Roek quien ha provocado esta contienda. Está cansado de vivir en aquella dorada jaula y ha tramado la muerte de todos nosotros. No podemos matar, Dirra, salvo en legítima defensa. Y eso hacemos. Pero los blancos nos dominan y los verdes nos exterminan.

»Si no lo impedimos, seremos aniquilados totalmente, blancos y rojos, y el infierno verde se enseñoreará de Qu'ell. Ese es el destino maligno que ha ideado Roek contra nosotros. Los salvajes verdes se instalarán en nuestros lechos con nuestras hijas y mujeres, en la esperanza de que sus hijos sean menos salvajes que ellos.

»Se pretende volver a la antigua raza terrestre, a los odios, el ateísmo, a la competencia en la que siempre vencía el más fuerte o el mejor preparado, que solía ser el más malvado, el más astuto o el más siniestro, mientras que el honrado, el bueno y el sumiso era sometido, vejado y ofendido.

»En aquellos remotos tiempos la hipocresía era tan grande que todos decían adorar a Dios y sólo se adoraban a sí mismos. Se predicaba la paz y se hacía la guerra. Se mataba a escondidas, por la espalda, para que la víctima no pudiera ver al asesino. Y lo que más se adoraba era el dinero, símbolo del poder y la riqueza, ya que con él se podía adquirir todo, incluso la dignidad, la lealtad, la moralidad y todas las demás virtudes.

—Parece increíble, santidad —murmuró el monje.

—Sí, Dirra. Ese es el proyecto de Roek. Quiere dejar en su sitio a esos tres jóvenes, para que dispongan del poder que le otorgó Qu'ell. Y nosotros estamos destinados a desaparecer. ¿Crees que podemos consentirlo?

—No, por supuesto. Ni lo consentiremos nosotros, ni lo consentirá Dios, que está de nuestra parte. Mataremos a Roek y a esos jóvenes. Si ha de prevalecer una sola sociedad en Qu'ell ha de ser la nuestra, ya que nuestro destino espiritual es mucho más sagrado que el de esos blancos degenerados y esos verdes ignorantes.

—Bien, Dirra. Puedes retirarte. En Control Exterior está el obispo Zaf-fir. Dile que el robot «B» puede entrar en acción. Si duda, que se ponga en contacto conmigo.

—Sí, santidad. Tus órdenes serán cumplidas.

* * *

Roek, vistiendo ahora un atuendo ajustado, negro y plata, señaló al joven Brsig, que estaba sentado ante él.

—Miradlo —dijo Lig y Anel—, ayer estaba asaltando Leot, al frente de sus hordas, y ahora se encuentra aquí, con nosotros. Se ha recuperado más pronto que vosotros, porque ni estaba muerto ni herido. Sólo ha sido «teletransportado». ¿Qué tal te sientes, Brsig?

—Bien —habló el caudillo verde, en tono gutural, como era habitual en él—. Pero deseo volver.

—Volverás. Irás con Anel y Lig a tu nuevo destino. Acabaréis con la guerra y uniréis a todos los pueblos de Qu'ell.

—¿Por qué? —preguntó Brsig—. Nosotros dominaremos Qu'ell, sin ayuda de nadie.

—Eso decían los filósofos-profetas, pero sólo era un clamor sin fundamento ni destino. Incluso yo llegué a creerlo. Pero la razón pura está en la Verdad Absoluta y las máquinas, con mayor cantidad de datos, han acertado en esa verdad.

»Nuestro mundo tiene que volver al punto en que se encontraba cuando Qu'ell se apoderó de él.

Los tres jóvenes sentados alrededor de la mesa se inclinaron hacia adelante, dejando de comer, para escuchar con mayor atención.

—Oídme bien. La vida de los hombres no tiene que ser ni larga ni corta. Cada uno ha de vivir lo que le corresponda. Y si uno ha de morir para que viva otro, eso es ley natural. Pero se ha de tener en cuenta la razón, la justicia y el derecho de cada ser a ser lo que en conciencia le corresponda a cada uno.

—¿Qué quieres decir con eso, Roek? —preguntó Anel.

—Quiero decir que ha de nacer el que sea necesario que nazca. En el estado primitivo, los padres traían al mundo a seres que se moldeaban a sí mismos. Y con esos nacimientos arbitrarios empezaba la desigualdad.

»No pueden nacer más seres de los que permita la naturaleza. Las máquinas calcularán para lo sucesivo los individuos que se requerirían para los planes de progreso que establezcáis vosotros tres.

»Habrá sólo una raza única. Ya he tomado medidas para que la procreación próxima sea heterogénea, con lo que, dentro de mil

años, habrá una raza homogénea compuesta de individuos aptos para la misión que señalaréis. Cada individuo será programado para su especialidad.

—¿Y qué especialidades serán ésas? —preguntó Lig, aunque ya creía conocer la respuesta.

—Las especialidades humanas serán tantas como seres podáis programar —respondió Roek—. Si sois justos, no hará límite para nada. Ese es el destino del hombre. Crearéis tantas especialidades que será preciso aumentar a los seres. La Vida debe ser ilimitada, tanto en Qu'ell como en otros mundos. Y el amor cuidará de que nunca falten ocupaciones necesarias, sin que sea preciso recurrir a la guerra para imponer la voluntad de unos contra otros.

—¿Y si sucediera eso? —preguntó Brsig.

Roek se volvió al joven primitivo, barbudo y de piel verdosa, que en realidad era olivácea, ya que la blancura de Lig tampoco era lechosa, sino rosada. Por su parte, Anel no era escarlata o carmesí, sino que la tonalidad de su pigmentación era entre cobriza y bronceada.

—Si alguien trata de imponer su voluntad sobre los otros, hay recursos en esta montaña para impedirlo. Esa será vuestra misión el tiempo que la queráis cumplir, porque en la prolongación de vuestras vidas sólo vosotros podéis decidir.

»Tened presente, no obstante, de que, en caso de renuncia a la función que yo os encomiendo, tenéis que buscar un relevo adecuado y que merezca la aprobación previa de los otros dos. ¿Queda esto claro?

—Parece que sí —dijo Lig—. Brsig es el que no me parece muy convencido, ya que imaginaba que su causa es la mejor y que podía obtener el mando absoluto del planeta sin ayuda de nadie.

—¡Eso fue antes de iniciarse la contienda! —exclamó el joven salvaje—. Los rojos no quisieron, Lig. Y tú lo sabes muy bien.

—¿Lo dices por mí? —preguntó Anel—. Lig y yo fuimos a buscarte a tu cárcel, ayudándote a salir de allí. Pero tus ancianos eligieron la guerra. Eran muchos más que nosotros. ¿Lo seguís siendo todavía?

—Dejaos de discusión —medió Roek—. Los verdes eran mayor cantidad, pero ese desequilibrio se ha normalizado. En realidad, mis cálculos me han demostrado que, de seguir así, pocos serían los

supervivientes de la contienda. Esa es una de las causas por las que he decidido cambiar de planes y retirarme. La otra es que estoy cansado. Pero antes debo decir algo que ignoráis.

—¿De qué se trata?

—¿Habéis oído hablar del Consejo Sagrado de Rigvra, que dirige el Pontífice Grek XXI?

—Sí. Yo he visto al Jefe de la Iglesia de Rigvra. Le conozco —dijo Anel, sorprendida.

—Ese individuo es tan viejo como yo mismo… Es mi hermano Gregorio, al que yo hice inmortal… Yo también era rojo. Pero Grek XXI ya no es un santo… ¡sino todo lo contrario!

»Si no podéis eliminar a mi hermano, todo cuanto hagáis será inútil, porque su megalomanía le ha hecho creerse Dios.

CAPÍTULO IV
LA NUEVA DINASTIA

Lig-Xix-201 contaba veinticuatro años, tenía casi dos metros de estatura, el cabello dorado y los ojos verdeazulados, propios de su privilegiada raza blanca-rosada, y unas proporciones verdaderamente admirables.

Se había graduado con notas muy altas, según los ordenadores del Centro de Enseñanza «Bat-Zax-936» de Utt, la capital de Bogvra, y sus padres y hermanos quedaron muy complacidos, porque el joven Lig obtendría una plaza en la Organización Ministerial o cualquier centro oficial.

—Mi hijo se casará con una dama de categoría —había dicho su madre—. Su ficha está ya en el Registro Matrimonial. No será fácil encontrar pareja para él, dado su gran talento. Pero aceptará a la mejor dotada.

Su padre, tan orgulloso como su esposa, había dicho a sus amistades:

—Lig obtendrá plaza de técnico en el Gobierno. Ya lo veréis. He visto su tabla de coeficientes y me he quedado atónito.

—¿Estás seguro de que es hijo tuyo, Gan-Xix? —le preguntó, con aviesa ironía, un compañero.

—Por supuesto... ¡Claro que sí! —replicó el padre de Lig, con dignidad.

El joven, que gozaba por aquel entonces un período de vacaciones como todos los que han concluido sus estudios superiores, se encontraba en el extremo meridional de Bogvra, en los bosques próximos al Muro Alto. Y su proximidad a la línea divisoria no era casualidad. El destino y la curiosidad se habían unido.

Lig, como habían predicho los antiguos filósofos profetas, encontró un agujero en el Alto Muro y, en aquel preciso instante se vinieron a tierra los deseos de sus padres, puesto que el casamiento con una mujer de alcurnia y el puesto técnico como empleado del Gobierno quedaba relegado y eliminado.

El destino de Lig-Xix-201 iba a ser total y completamente distinto.

Todo iba a cambiar en Qu'ell. La guerra, que se extendía ya sobre territorios lejanos, iba a modificar la estructura de un mundo que había permanecido sumido en el letargo de un discurrir anodino y carente de estímulo, aunque los seres blancos y progresistas de Bogvra no se dieran cuenta de que su evolución no les conducía a ninguna parte.

En realidad, tal y como Lig consideraba ahora la situación, después de que Roek le hubiese explicado la verdad, cuando Qu'ell decidió organizar «su mundo», la humanidad estaba sufriendo un caos de exterminio, desolación, agotamiento, desesperación y desorientación. Las guerras entre los pueblos, y también dentro de estos mismos pueblos, eran devastadoras. La superpoblación y el «sálvese-quien-pueda» habían situado a las naciones al borde mismo del abismo, sin posibilidad de retroceso.

—Y fue por esta razón —explicó Lig a Anel y Brsig, en uno de los salones de la residencia del Gran Mago de monte U, mientras esperaban el total restablecimiento de la muchacha roja— que Qu'ell, con el enorme poder que le daba el elixir descubierto por el químico Sendy-Craig, se hizo con el mando político y militar y empezó su programa de cambio.

»La idea de Qu'ell parte de un planteamiento simple. El mundo está compuesto por gentes que añoran el pasado y por los que anhelan el progreso. Estos dos grandes grupos son los que presentan mayor cumpledad, puesto que los primeros están más vinculados a la religión, a la tradición y a la historia, cuyo recuerdo hay que conservar, estudiar y analizar para no caer en los mismos errores del pasado.

»Los progresistas son los que no quieren saber nada con el ayer. Piensan en hacer grandes cosas, cambiar, modificar, derribar todo lo viejo y construir de nuevo continuamente. Para ellos la vida es una revolución permanente.

»Y por otra parte, tenemos esa gran mayoría silenciosa, sumisa y obediente, que siempre se ha limitado a trabajar, a cumplir sin rechistar, creyendo que todo carece de importancia, porque se nace y se muere apenas sin transición. A este tercer grupo, que es el más numeroso, Qu'ell lo destinó a lo que en aquel tiempo se llamaba mundo ecológico y ahora nosotros conocemos como el mundo primitivo o la selva.

Brsig objetó:

—Nuestro mundo es mejor que el vuestro. Nuestra existencia es natural y biológica: comemos, bebemos, dormimos, procreamos y nos respetamos los unos a los otros.

—Exacto, Brsig. Es la existencia más vegetal que se conoce. Vivís de la caza y de la pesca.

—Muchos de nosotros, sí. Pero otros viven de frutos y hortalizas. Hay en Ultvra colonias agrarias de gran extensión, donde se cultiva el trigo y el maíz, así como tomates, plátanos y toda clase de verduras. Hay regiones que obtienen hasta tres cosechas al año.

—Yo creí que estabais totalmente sin civilizar —observó Anel, mirando a Brsig con simpatía.

—Puedes estar segura de que no. Hay muchos entre nosotros que estudian cosas elementales, y la agricultura se enseña en nuestros poblados. No vivimos en grandes poblaciones, como vosotros, sino en colectividades de cien o doscientos individuos y nos está prohibido casarnos entre miembros de una comuna. Pero no somos salvajes, ni mucho menos.

—Pues, bien —resumió Lig—, en nuestras manos está el cambiar todo eso. Roek así me lo ha expuesto. Nosotros podemos abatir la Gran Muralla y hacer que se mezcle de nuevo el pasado, el presente y el futuro. Podemos hacer que en unos pocos siglos, la piel de todos los habitantes de este mundo sea igual y que todos vivamos en paz y en armonía, sin desigualdades ni privilegios.

—Eso no será fácil —comentó Anel, frunciendo el ceño—. Me parece que no conoces bien a los míos. El fanatismo ciega a los dirigentes de Rigvra. Están convencidos de que Dios está con nosotros y que esta vida es la prueba con la cual se alcanza el reino de los cielos o se condena uno al castigo eterno. Y nadie quiere jugarse la eternidad a cambio de una existencia breve, en la que el sacrificio no es excesivo y en donde, según se mire, hasta se puede

vivir con alegría, satisfacción y despreocupación.

»En Rigvra se ha llevado la política de que primero es Dios, después el Sumo Pontífice, seguido de los obispos-gobernadores, y luego los alcaldes-vicarios. La Iglesia es única y como todos la acatan, no hay persecuciones ni hostigamiento. El que no está de acuerdo es porque se ha dejado tentar por el demonio y se le ejecuta. No hay ateos en Rigvra: se les elimina y asunto concluido.

—¡Eso es abominable, Anel! —exclamó Lig—. ¿Cómo podéis permitir esos abusos contra la libertad?

—¿Y qué puedo hacer yo? Estoy convencida de que en Rigvra hay más hipócritas que en vuestros mundos. Pero no me negarás que en Bogvra no se hace más que lo que ordena el Gobierno.

—Te equivocas, Anel. Allí hay gentes que no están de acuerdo con una ley y se busca apoyo democrático para abolirla.

—¿Y cuántos siglos hace que no logra nadie abolir una ley? —preguntó Anel—. Yo también he hablado con Roek.

—Admito que nuestras leyes son tan perfectas que es difícil mejorarlas —concedió Lig, con una ambigua sonrisa—. Y admito también que se nos enseña tanto la ley que nadie se ocupa de ella. Lo único que interesa en Bogvra es el perfeccionamiento técnico y científico. El pueblo trabaja y vive con dignidad. Goza de privilegios que vosotros no habéis soñado siquiera. Tenemos deportes, juegos olímpicos, competiciones atléticas. Nuestras ciudades son sanas, bien urbanizadas, con magníficas comunicaciones y hemos repartido equitativamente el trabajo y el ocio.

—Sí, sois como esos robots que andan por ahí —dijo Anel, señalando a un robot androide que, provisto de una bandeja, iba por el pasillo lateral, en dirección adonde estaban los aposentos de Roek—. Todo está previsto, calculado, ordenado y clasificado. Sabéis cuándo se ha de nacer y cuándo se ha de morir. En ese intervalo, sabéis día a día lo que tenéis que hacer, las veces que iréis al fútbol y las que tenéis que ir al trabajo, el cual consiste en manejar unos botones luminosos y hacer que funcionen las máquinas que lo hacen todo por vosotros. Incluso habéis llegado a la perfección, creando máquinas capaces de hacerse a sí mismas. ¿Os dais cuenta de lo que eso significa? De seguir así las cosas, ya no será necesario que nazca ninguno de vosotros. Os podéis extinguir paulatinamente, puesto que vuestra continuidad está

asegurada. Las máquinas se irán perfeccionando progresivamente y aquí a unos siglos, seres como vosotros, pero con corazón de metal, estarán gobernando en Bogvra.

—Roek quiere que nosotros dignifiquemos todo eso. La gente debe vivir lo que quiera, por libre y propia elección. Y cada uno elegirá su destino cuando esté suficientemente preparado para ello. Sé que esto parece difícil de…

Un agudo pito se extendió en aquel momento por la sala. Los tres jóvenes se miraron, sobresaltados.

—¿Qué es eso? —preguntó Anel.

Lig saltó hacia un tablero de comunicaciones y presionó varios conmutadores. Inmediatamente obtuvo la respuesta: «¡ Alarma!»

—¡Algo ocurre! ¡Hay que buscar a Roek!

—¡Vamos a su gabinete! —gritó Brsig, echando a correr hacia una de las salidas.

Casi volaron por un pasillo, al extremo del cual había unas escaleras automáticas. Pero no habían hecho más que llegar al pie de las mismas cuando vieron caer, rodando por la escalera, el cuerpo de un robot androide, del que se desprendían infinidad de chispas, fuego y humo.

—¡Por Vegger! —exclamó Lig—. ¿Qué significa esto?

El estridente pitido se había ido agudizando y era ya casi insoportable para el oído, obligando a los tres huéspedes de Roek a taparse los medios auriculares. Además, cuando Brsig iba a acercarse al caído robot, una explosión producida en el interior de la máquina seudohumana le hizo retroceder.

—¡Zumba! ¡Ha estallado!

Nadie le oyó. Lig y Anel corrían escaleras arriba, puesto que el sistema automático de ascenso se había detenido. También languidecían las luces y la resistencia de Roek se iba quedando a oscuras.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Anel.

—No lo sé —respondió Lig—. Pero presiento algo malo. Ese robot pasó por delante nuestro no hace ni siquiera cinco minutos. Iba con una bandeja en las manos y se dirigía al aposento de Roek… ¡Temo lo peor de todo!

Los temores de Lig se vieron confirmados cuando subieron corriendo la escalera y penetraron en el gran salón donde tenia

Roek la costumbre de pasar parte de su tiempo, leyendo, observando alguna proyección y simplemente conectado a un circuito de enseñanza electrónica.

Y efectivamente, Roek estaba con el casco que le comunicaba la mente con la sabiduría almacenada en miles de kilómetros de grabaciones ultramagnéticas... ¡Pero no percibía nada, porque estaba muerto!

Un rayo letal, de alta potencia fotónica, le había perforado y desintegrado totalmente el pecho, en el que se veía una horrenda mancha negra en torno a un agujero, como de diez centímetros de anchura, que le atravesaba de lado a lado. El semblante de Roek se había quedado crispado y asombrado. Tenía los ojos inmensamente abiertos, así como la boca, y el gesto de sus manos era como si hubiese tratado de detener algo terriblemente amenazador.

El arma que produjo el rayo letal yacía en el suelo, junto a una bandea y los cubiertos de un té que el Gran Mago no llegó a tomar.

—Es evidente que el robot fue inducido a matar —explicó Lig, recogiendo del pavimento alfombrado la especie de pistola fotónica, muy plana, que el robot debió llevar en la bandeja—. Esos aparatos reciben órdenes de sus amos. Pero si se les modifica uno de sus circuitos, ¿quién puede saber lo que son capaces de hacer?

—¿Por qué? ¿Cómo? Y, lo más importante, ¿no hay modo de devolverle la vida? —quiso saber Anel—. Él lo hizo con nosotros.

—Dada la característica de esa herida, me temo que todo intento de resurrección sea inútil. Extraña arma. No existe nada igual en Bogvra. ¿De dónde ha salido? Sería interesante averiguar si es propiedad de Roek.

—¿Y qué hacemos ahora, Lig?

—Déjame ver el arma —pidió Brsig—. Creo haber visto algo parecido en manos de los guardianes que me custodiaban en Rigvra... Sí. Vi ejecutar a un infeliz por haber apostatado. Le desintegraron la cabeza con un solo disparo. Sólo tiene una carga. Surge el fogonazo de luz desintegrante y «flash». Ni el arma ni la víctima sirven para nada.

—¿Quieres decir que han sido los monjes-soldados los que han ordenado matar a Roek? —preguntó Anel, sorprendida. Lig, mientras, había estado manejando los controles del casco de grabaciones ultramagnéticas.

—¿Por qué se va la luz? Haz que se repare la avería, Anel —ordenó el joven blanco—. Es importante. Roek tenía el circuito colocado en «diálogo». O sea que oía y podía responder. Si logro reproducir sus últimas palabras oiremos lo que dijo antes de morir.

No fue difícil desconectar la central eléctrica, seguramente saboteada, para que nadie pudiera actuar después de la muerte de Roek, y sustituirla por otra de emergencia. La instalación era correcta y, en caso de avería, se desconectaba una central y se conectaba otra automáticamente. Pero, en efecto, la avería había sido provocada, como se demostró más tarde.

Las instrucciones que dio Lig desde el salón del asesinado mago de U sirvieron para que el servicio robótico se pusiera en movimiento y se estableciera la normalidad. Al volver la luz eléctrica, un altavoz reprodujo lo que Roek había estado escuchando y lo que dijo antes de morir.

—Oíd esto —dijo Lig, una vez tuvo en marcha el circuito electrónico.

»—...Debieron descender del Cáucaso e instalarse en la parte alta del río Eufrates.

»—¿No hay referencias de dónde procedían? ¿Eran euroasiáticos, indoeuropeos o hittitas? Eso es lo que no ha quedado establecido clara... ¿Qué haces? ¡Maldito seas, Grek! iAaagh!»

—¿Grek? —exclamó Anel.

—Esas fueron sus últimas palabras, Anel —dijo Lig.

—No lo puedo creer... ¡Grek XXI es el Pontífice de Rigvra!

—¿El jefe supremo de tu mundo? —preguntó Brsig.

—¡Es imposible! —exclamó Anel, retrocediendo—. Sabemos que ha sido un robot androide el que ha matado a Roek. Grek XXI no puede penetrar aquí, sin permiso de Roek.

—Serénate, pequeña. Hemos de reflexionar y no perder la cabeza. Si estamos aquí los tres es porque ese hombre nos eligió como una especie de relevo... Somos la nueva dinastía de Qu'ell. Lo que pensaba hacer con nosotros lo sabemos. Sólo hay que aprenderse lo que él sabia y entonces actuar en consecuencia.

—¿Aprender toda su ciencia o magia? ¿Estás loco, Lig? —preguntó Anel—. Nos llevaría años. Y mientras, nuestros mundos se desintegrarían. No. Hemos de hacer algo mejor. Hay que detener esa guerra inmediatamente, si es que poseemos medios para

lograrlo. Luego, averiguaremos quién ha matado a Roek...

—¡Ha sido Grek, vuestro Pontífice! —declaró Lig—. Roek lo ha dicho claramente. Pero hay más. En ese archivo electrónico está todo lo que significa algo en Qu'ell. Roek me lo dijo el otro día. Sólo hay que buscar la información almacenada ahí. Veréis qué sencillo.

Lig-Xix-201 sabía manejar un modernísimo ordenador. Lo había estudiado en Utt. Sólo tuvo que poner el circuito en marcha, pulsar las teclas adecuadas y mirar a la pantalla. Con letras claras y precisas, lo que pudieron leer fue esto: «Grek es Gregorio, hermano de Roek. Es Pontífice de Rigvra desde que murió Qu'ell. Los demás datos son estrictamente secretos. Pertenece al Grupo Revitalizado.»

—Roek nos lo explicó todo. El Pontífice de Rigvra es su hermano. Y puede vivir todo el tiempo que quiera, igual que el Gran Mago.

—Ahora lo comprendo. ¡Claro que sí! —exclamó Anel, dándose un golpe en la frente—. El «milagro» de la Resurrección... Es una ceremonia secreta que se realiza en Xerky cada vez que el Pontífice finge morir. Debe ser la ceremonia del revital que mencionó Roek... No muere porque toma el elixir, ni es que Dios le haya elegido para ser el Pontífice perpetuo de Rigvra.

—¡Esto era una confabulación, amigos míos! —exclamó Lig—. Propongo que guardemos el cuerpo de Roek en un depósito seguro, a baja temperatura, pero puede ser necesario investigar posteriormente.

—No olvidéis que si Roek nos eligió para sustituirle, y le han asesinado, tal vez sea para no dejarle llevar adelante sus planes. Y lo peor es que ese robot ha llegado hasta aquí. Eso significa que también nosotros podemos estar en peligro. ¿Os dais cuenta?

Lig se había percatado de ello, pero no quiso exteriorizarlo, como hacía ahora Brisg. Sólo Anel pareció alarmarse, empezando a mirar en derredor con aprensión y recelo.

—Sí —admitió Lig—. Sabemos que un robot ha sido dirigido a distancia contra su amo. Eso significa que Roek no ha sido capaz de impedir la conspiración que ha terminado con su vida. O _puede que lo supiese y no haya hecho nada por impedirlo. Desde luego, nosotros vamos a repartirnos el trabajo y buscaremos por todas partes los fallos que puedan existir. Yo me ocuparé de toda la cuestión técnica. Anel, por ejemplo, puede dedicarse a observar por

la pantalla de televisión exterior cómo se está desarrollando la guerra. Su organismo aún no está recuperado del todo y no puede hacer mucho ejercicio.

»Tú, Brsig, si no te importa, puedes recorrer todo este lugar y comprobar las entradas y salidas que posee. Hay que registrarlo todo.

»Yo voy a dedicarme a conocer el sistema de comunicaciones, laboratorios, talleres y archivos, así como descubrir dónde está la Fórmula Uno-Seis-Tres, que es el núcleo de todo este asunto. ¿Estáis de acuerdo?

—Sí.

—¡Ah, otra cosa! Es conveniente que vayáis armados y disparéis contra cualquier robot que se os acerque. Aquí no puede moverse nadie más que nosotros tres. Todo el servicio va a quedar inmediatamente neutralizado como medida de prevención.

»Y llevad también un comunicador. Tenemos que estar continuamente en contacto entre nosotros. Lo que ocurra, por nimio que sea, ha de ser comunicado a los otros. ¿De acuerdo?

—Muy bien. En marcha, pues.

CAPÍTULO V
MOMENTO CRUCIAL

Después de asesinar a Piar Liamp, disparándole con rayos neutrónicos por la espalda, el monje-soldado Dirra escapó por los pasadizos subterráneos de Xerky, logrando llegar a una de las estaciones del ferrocarril y confundirse con la gran masa de soldados voluntarios que se encontraba allí.

Las vías de comunicación de Rigvra eran antiguas, pero eficaces. Todo estaba electrificado y los convoyes suburbanos se controlaban por una red electrónica muy compleja que, aunque parecía moderna, contaba con más de seis mil años de antigüedad.

En realidad, Rigvra era el mundo del pasado, dedicados sus habitantes en su mayor parte a la oración y al estudio de las cosas sagradas. Antes de iniciarse la guerra de exterminio, muy poca gente viajaba en los trenes subterráneos, a no ser que se celebrase alguna concentración ritual en alguna de las grandes poblaciones del Soberano Pontífice, ya que Rigvra no era propiamente un reino, sino un país gobernado por extraños religiosos, con una cabeza rectora que «resucitaba» periódicamente, con lo que el «milagro» se convertía en un engaño mayúsculo.

Precisamente Dirra tenía prisa en llegar a Tr'aak, donde estaba a punto de reunirse el Gran Consejo Superior y Sagrado de los obispos de Rigvra, y que presidía el Sumo Pontífice Grek XXI.

«Elimina a Piar Liamp y vuelve inmediatamente a Tr'aak —le había dicho a Dirra el obispo Zaf-fir, de la Estación de Control Exterior—. No hagas preguntas.»

Muerto el padre de Anel, Dirra logró subir a un tren, confundirse con un regimiento de monjes-soldados y llegar a su destino poco antes de iniciarse el Consejo de obispos. Logró entrar en el templo

subterráneo y llegar hasta el despacho del propio Grek XXI, a quien abrazó las piernas, arrodillándose, y luego informó:

—Piar Liamp ha muerto, santidad.

—¡Ah sí! Ahora conviene que lo sepa su hija. Se lo has dicho a Zaf-fir.

—Sí.

—Bien, bien... —Grek fue a sentarse tras su extensa mesa—. Debes saber, Dirra, que mi hermano Roek ha muerto. Uno de los jóvenes que ahora habitan en Monte U estuvo curioseando por allí y dejó abierto un paso exterior, que Zaf-fir registró inmediatamente, ordenando a uno de nuestros robots que lo neutralizase. Así, pudimos enviar un arma al robot y ordenarle ejecutar a Roek.

—¿Vamos a ocupar Monte U? —preguntó Dirra.

—Lo haría, si pudiéramos. Pero no es sencillo. Se ha dado la alarma y existe una vigilancia extraordinaria. Lo que nos proponemos hacer es obligar a salir de allí a esos jóvenes. La hija de Liamp vendrá, estoy seguro. Pero de los otros dos sujetos no estoy tan convencido. He ordenado que nos faciliten una información desde Utt acerca de ese chico, llamado Lig-Xix-201, y tenemos medios para conseguirla, pese a la guerra.

»Lo difícil va a ser decidir cómo manejar a Brsig. Ya le tuvimos cautivo en nuestros calabozos y poco logramos sacarle. No era más que un mono curioso que despertó el interés de mi hermano por haber sido ayudado a huir por Lig y Anel.

Un dignatario religioso hizo su entrada en el despacho y anunció:

—Santidad, el Consejo está reunido y esperando.

—Sí, sí. Voy inmediatamente —Grek XXI fue a un armario que había junto a su mesa y lo abrió, sacando una especie de coraza transparente y recubierta de pedrería, así como una gorra pontifica de notable ornamento. Se ciñó también un arma al cinto y tomó el tridente sagrado, forjado en oro, con el que se dirigió a la salida.

—Nos veremos después, Dirra. Puedes situarte detrás del trono. La celosía te permitirá oír los acuerdos del Consejo.

Grek XXI, ataviado como un general victorioso, hizo su aparición en la ornamental sala del Consejo Sagrado de Rigvra, donde habían reunidos teólogos y obispos de la nueva religión de Qu'ell, que podría parecer una parodia para muchos, incluyendo a

su propio Pontífice, pero en la que muchos hombres estaban convencidos de servir fielmente a Dios. El trono de Grek XXI era un sitial dorado de una grandiosidad impresionante. Habían trabajado numerosos orfebres en él durante muchas generaciones, y en cada «resurrección» se le añadían nuevas alegorías, adornos, piedras preciosas y joyas, para que su maravilla fuera deslumbradora. El Sumo Pontífice fue a sentarse en el centro de aquel trono y los reunidos en la sala se sentaron también en los asientos del hemiciclo.

El cardenal ayudante, totalmente vestido de oro, se levantó entonces y alzó una especie de báculo que terminaba en una mano humana cercenada por la muñeca y cubierta de oro en láminas.

—Hermanos, nos hemos reunido hoy aquí para decidir sobre el azote de la guerra que estamos sufriendo. Hemos sido atacados por los hombres blancos de Bogvra y por los hombres verdes de Ultvra. Nos hemos defendido hasta donde hemos podido, pero los informes que tengo ante mí indican que estamos siendo las víctimas de esta insensata contienda.

»Nosotros no estamos preparados para la guerra. Somos un pueblo dedicado a la oración y al misticismo, al recuerdo de la herencia sagrada de nuestros antepasados y a conservar la fe que recibimos de San Lucifer, Santo Tomás, Judas, Mardock, Buda y San Bernabé.

»Estamos seguros de que algunos sectarios cristianos han colaborado con los habitantes de Bogvra para acabar con nosotros, porque nos odian y dicen que formamos parte de un cisma. Pero ya hemos sido demasiado tolerantes con esos herejes y se hace preciso limpiar nuestras propias filas, acabando de una vez con los cristianos traidores, para luego, con la verdadera ayuda de Dios, uniéndonos todos en una general plegaria, acabar con nuestros adversarios y que Qu'ell vuelva a ser un mundo habitado por una sola raza: la nuestra, la elegida de Dios.

Al concluir esta perorata, el cardenal ayudante tomó una placa flexible que tenía ante sí, sobre su mesa, y leyó los siguientes datos:

—Según los últimos informes que he recibido, nuestras bajas son prácticamente totales en Xerky, de un sesenta por ciento en Tr'aak, y muy altas, casi del noventa por ciento en Qog. Hemos perdido contacto con San Abraham y Per. Se lucha aún en Bibla, en Aaron y

Berg. Pero el Seminario Sagrado de Qu'ell ha sido totalmente destruido.

»Al enemigo le hemos causado bajas en Utt, Leot, Vi'f, Arglo, Sim-Voa, y se pueden considerar mucho más castigados que nosotros, debido a que los guerreros del Pasado Verde se han lanzado más sobre Bogvra que sobre Rigvra.

»Hemos calculado también que los salvajes de Ultvra han perdido un número muy considerable de guerreros. Según cifras de ordenador, el número de muertos y heridos, ya que para ellos todo es lo mismo, suma cerca de treinta y seis millones.

Uno de los obispos que asistían al Gran Consejo Superior, y cuyo nombre era Laor, se levantó y alzó la voz, diciendo:

—Perdona, santidad. Pero no estamos aquí para que el cardenal Thork nos explique lo que ya sabemos. Hace unas horas estaba luchando en Utt, la capital de Bogvra. Allí estuve a punto de morir, pero mis hombres me defendieron. Tuve que dejar la lucha para venir a este Consejo, donde hemos de tomar la decisión de acabar la guerra, aunque para ello sea preciso rendirse. Nadie, en ningún mundo, podrá hacerme cambiar de fe. Yo creo en Dios y sé que a mi muerte podré gozar de su presencia y compañía. No me importa, pues, morir. Pero hemos de ser humanos. Lo que está sucediendo no es cosa de Dios, sino del diablo. Los horrores que yo he visto con mis ojos claman al cielo.

—¿Y cómo espera el obispo de Sargad, monseñor Laor, que terminemos con esta contienda? ¿Acaso cree monseñor Laor que hemos sido nosotros los provocadores? —preguntó Grek XXI, desde su elevado sitial.

—El noventa por ciento de los que estamos aquí sabemos que Su Santidad ha vivido lo suficiente para saber que Qu'ell está gobernado por él y por su hermano Roek. Hemos sido crédulos durante muchos años. Hemos sido sumisos y obedientes hasta el ridículo. Pero una cosa es acatar la burla de esta parodia de sínodo, ¡y otra muy distinta ver cómo mueren millones de personas inocentes!

Un murmullo de voces coreó las palabras del obispo Laor. Fue preciso que el Pontífice se pusiera en pie, quien, alzando su tridente sagrado, exclamó:

—¡Anatema sobre Laor el apóstata! ¡La Guardia pontificia se lo

llevará y lo purificará con el fuego! ¡Quiero sus cenizas sobre mi mesa antes de una hora!

»En cuanto a vosotros, los que murmuráis a escondidas, los que no aceptáis la justicia de mi pontificado, habéis de saber que el culpable de todo lo que ocurre en Qu'ell es mi hermano Roek... ¡Sí, Roek, el Mago de Monte U es mi propio hermano! ¡Nosotros hemos sido superiores a todos vosotros, porque poseemos la sabiduría que nos fue legada por el propio Qu'ell!

Los murmullos aumentaron en la gran sala del templo, especialmente cuando un grupo de monjes armados penetró en ella y se dirigió hacia el lugar en que se encontraba el obispo de Sargad, indicándole que debía acompañarles al exterior.

—¡Lleváoslo y encarceladle! El tribunal de guerra le juzgará sin pérdida de tiempo. ¿Hay alguien más, entre mis dignos obispos y cardenales, que piense como monseñor Laor?

El más ominoso y hosco silencio se hizo en el Consejo Sagrado.

—Sé cómo dominar la situación y eso es lo que estoy haciendo. De momento, os puedo decir que el responsable de esta guerra sangrienta inútil y despiadada ya ha pagado con su vida. Mi hermano Roek —Grek XXI hizo un gesto solemne y grandilocuente —, con harto dolor de mi corazón, acaba de ser ejecutado. Son tres los que aspiran a sustituirle en el cargo; tres jóvenes que no llegarán muy lejos porque espero a uno de ellos muy pronto en nuestra sede. Sé cómo dirigir la situación, aunque admito que fui pillado por sorpresa, como todos vosotros. Pero yo no acuso, ni protesto, ni soy un apóstata, un hereje o un renegado. Tengo la Suma responsabilidad, que acaté y defiendo; y os aseguro que Dios está satisfecho de mí, por lo que me nombró su hijo predilecto. Yo os demostraré que es cierto. Y todos lo sabréis en su momento, por cuanto os daréis cuenta de que nunca os engañé ni jugué con vuestra fe.

Mientras Grek XXI hablaba, los monjes-soldados se habían llevado al obispo Laor, el cual fue asesinado de un disparo fotónico a la cabeza, que quedó totalmente desintegrada, nada más llegar a una salita de espera. Posteriormente, su cuerpo aparecería en una calle donde poco antes se había entablado un feroz combate con tropas de Bogvra.

* * *

Fue Anel la que vio muerto a su padre, al tratar de localizarle utilizando el circuito de ultratelevisión bifocal. La muchacha roja supo que se trataba de su padre al reconocer a su madre y a su hermana Isna, las cuales lloraban desconsoladamente junto al cadáver.

El horror y la angustia sacudieron a Anel, quien gritó, llamando a Lix:

—¡Por favor, ven pronto! ¡Han matado a mi padre!

El joven blanco llegó a la carrera. Había estado estudiando un plano de comunicaciones electromagnéticas, tratando de averiguar lo que significaba un «obstáculo» en una vía electrónica que parecía conducir al exterior, cuando Anel le llamó.

Juntos hicieron avanzar y retroceder el proceso histórico en torno a la muerte de Piar Liamp, hasta que llegaron al momento preciso en que el monje-soldado Dirra efectuó el disparo de rayos neutrónicos por la espalda para luego escapar por los pasadizos.

—¡Hay que averiguar quién es ese hombre! —exclamó Lig—. Si seguimos sus pasos utilizando este canal, veremos con quién establece contacto.

Efectivamente, una vez se conocía el fácil manejo de la ultratelevisión bifocal —no se necesitaba cámara receptora, sino una coordenada hertziana de sintonía variable— no era difícil centrar la coordenada sobre el objeto, «fijándolo», y la misma bifocalidad se desplazaba con el objetivo.

Así fue como Anel y Lix pudieron ver al asesino de Piar Liamp hablando con el Pontífice rojo de Rigvra y escucharon sus palabras con sobresalto.

—¡Quieren matar también a mi padre! —gritó Lix—. Tengo que impedirlo.

—¿Qué podemos hacer?

—Traérnoslo aquí, del mismo modo que Roek hizo con nosotros.

—¿Sabes cómo hacerlo?

—Lo escuché anoche en una grabación. Repasaré todos los movimientos. Mientras, sitúate sobre Utt y trata de localizar a mi familia. Te daré las señas de identificación de mi padre. Su nombre es Gan-Xix-543. Establece contacto con los ordenadores de Utt. Son terminales con las que se puede contactar por medio de control remoto.

—No te preocupes... Ah, ahí viene Brsig.

Fue preciso explicar el barbudo verde de Ultvra lo que estaba ocurriendo. Lo hizo Anel, mientras Lig se enfrascaba en el estudio técnico de la teletransportación, para lo que deseaba estar perfectamente informado.

Y una hora después, Anel se acercó a donde se encontraba su compañero, atento a las instrucciones que recibía a través de los ánodos de un casco magnético. Y por la apagada y triste expresión de ella, Lig comprendió que algo grave ocurría.

—Lo lamento muchísimo, Lig... Hemos llegado tarde. —En los ojos oscuros y brillantes de la joven aparecieron húmedas lágrimas —. Tu padre está en poder de esos fanáticos. Lo capturaron en su propio despacho, en Utt. Se lo han llevado a Tr'aak. Ahora se encuentra en una mazmorra, bajo el templo sagrado.

—¡Lo sacaremos de allí! ¡No te preocupes!

—Hay cuatro monjes-soldados encadenados a él, de suerte que no será fácil que puedas escamoteárselo, sin traerte consigo alguno de ellos. Parece ser, por lo que he podido oír, que están alertas en ese sentido. Saben que Roek puede quitarles la gente de entre las manos.

Lig y Anel regresaron al laboratorio físico de Monte U, donde se encontraba Brsig contemplando una pantalla panorámica.

—¿Es ése tu padre? —preguntó Brsig, señalando al hombre en mangas de camisa, atado a cuatro soldados rojos armados.

—Sí —respondió el muchacho, apenadamente—. Sé cómo hacerlo desaparecer de ese lugar y materializarlo aquí mismo. Pero creo que no debemos hacerlo todavía. Mi padre es un cebo para atraerme a Tr'aak.

—¡También lo era el mío, y lo han matado!

—Tu padre se negó a colaborar con Grek XXI. Debía conocerlo mejor de lo que suponemos. Ahora está muerto y nada podemos hacer ya por él.

—¡Por eso debemos salvar al tuyo! —pareció exigir Anel.

—No. Si Grek quiere hacerme ir a Tr'aak, lo ha conseguido. Sé cómo ir muy rápidamente. Y también sé cómo volver, más rápidamente aún. Lo importante es que Grek y yo hablemos. Pero vosotros no podéis estar ociosos. Anel se cuidará de este «teletransportador» y Brsig va a estudiar una técnica que Roek

había estudiado para paralizar grandes masas.

»Oídme bien. Vamos a concluir la guerra. Sabemos que los hermanos de Brsig son mucho más numerosos y menos… digamos sofisticados. Por eso quiero que Brsig vaya a su mundo y organice un gran ejército provisto con armas paralizantes. Las encontraréis en Bogvra, donde se guardan en almacenes estatales y están en desuso desde hace mucho tiempo.

»Nosotros, desde aquí, crearemos esferas de inmovilidad sobre grupos enemigos. Una envoltura paralizante contra el enemigo permitirá a los soldados verdes ocupar las ciudades enemigas sin lucha.

—Parece fácil —dijo Brsig, gravemente—. Pero no acabo de entenderlo bien.

—Sí, hombre. Esos conos inmovilizadores se efectuarán desde satélites artificiales que situaremos estratégicamente sobre los baluartes enemigos que nos convenga ocupar. Para ello estabilizamos el satélite y colocamos a tus hombres en posición. Cuando les demos la orden de atacar sólo encontrarán seres paralizados a los que sólo será necesario desarmar y conducir a campos de internamiento.

—¿Y lo podemos hacer eso desde aquí? —preguntó Anel, sorprendida.

—Sí. Utilizaremos el procedimiento contra mis propios compatriotas y contra los tuyos, Anel. Los soldados serán verdes.

—¿Y por qué ese plan? —quiso saber Brsig.

—Vosotros sois más. Vosotros necesitáis salir de vuestras selvas y conocer nuestras ciudades. Vosotros no aspiráis a imponer a nadie vuestros primitivos métodos. Vosotros sois tan enemigos de Bogvra como de Rigra, puesto que atacáis a ambas naciones a la vez, mientras que nosotros o los rojos nos hemos atacado mutuamente.

»Además, si mis explicaciones no bastan… ¡ése era el deseo de Roek, cuyos planes estoy tratando de seguir!

—¿Te lo dijo el Mago?

—Lo ha dejado dicho. Vosotros también podéis escuchar su testamento grabado en alambre ferrifluórico. Está en su sala.

Tanto Brsig como Anel no tardaron mucho en decidirse. Se estrecharon la mano y luego Brsig preguntó:

—¿Cuándo te vas con él? —Señaló a la pantalla, donde

continuaba apareciendo el padre de Lig, rodeado de sus guardianes.

—Ahora mismo. Sé por dónde se sale de Monte U. Tú vendrás conmigo, Brsig. Te dejaré en Tr'aak, en donde están luchando tus guerreros. Quiero que lleves un aparato cuyo manejo es sencillo, porque sus mandos están provistos de un ordenador mental. Es un pequeño avión de suspensión antimagnético y propulsión fotónica. Tendrás que desplazarte muy rápidamente.

—Dónde está ese aparato?

—En el arsenal de Roek. Adiós, Anel. Ya sabes lo que has de hacer. No me pierdas de vista. En cuanto te avise de peligro, presiona el pulsador de retorno… Es éste —Lig acercó el dedo a un pulsador, señalando con una flecha—. Presiona aquí y si la coordenada bifocal está centrada, desapareceré allí y me incorporaré aquí.

—¿No será necesario cuidar también de Brsig? —preguntó Anel.

Los dos jóvenes, el blanco y el verde, se echaron a reír. Luego, se alejaron, abandonando la estancia y dejando a la muchacha blanca ante el mayor complejo técnico que hubieran conocido los tiempos. Pero una gran serenidad la dominaba. Era consciente de que la misión iniciada era importante… ¡Y estaba dispuesta a cumplirla!

CAPÍTULO VI
ACCION DESESPERADA

Lig había logrado descifrar el plano de las comunicaciones exteriores de Monte U, puesto que Roek, antes de morir, le explicó que sólo existía un modo de entrar en aquel baluarte, «Pero hay más de cien modos de salir». Luego, explicó que una placa magnética, cuya sigla de identificación era «Exterior-F», introducida en el «Traductor» magnético, le explicaría el secreto.

Y gracias a la explicación, Lig y Brsig pudieron salir de Monte U, utilizando una vía de aprovisionamiento. En un vagón adicional de carga llevaron un aparato que Lig guió «de la mano» hasta el vagón subterráneo, depositándolo allí suavemente.

—¿Qué te parece tu vehículo, Brsig? —quiso saber Lig.

El barbudo de la piel verde oliva sonrió.

—¡Magnífico, Lig! Y es muy dócil, según he podido ver. El avión de Brsig era un aparato no mayor que un pequeño automóvil. Tenía metro y medio de largo y uno de ancho. El piloto cabía perfectamente en la cabina descubierta y se protegía por un parabrisas curvado. Se mantenía «flotante» gracias a un juego antigravitacional de «taquiones-gravitones» lanzados a vertiginosa, silenciosa e inevitable fuerza, que ni siquiera sacudían el aire. La propulsión era un rayo de luz muy activo. Para trasladarlo de un lugar a otro, bastaba con hacer funcionar el juego antigravitacional y llevarlo. Carecía, así, de peso absoluto.

—Con esto te podrás desplazar rápidamente para organizar tus tropas, Brsig. Estarás en comunicación continua con Anel y conmigo y actuaremos según los planes que vayamos aprobando sobre la marcha.

Subieron al tren subterráneo y se instalaron en un cómodo

vagón.

—Vamos a salir de Monte U por una vía secreta que comunica con Xerky. De allí, iremos a Tr'aak. Sé que esa línea ha sido utilizada para que Roek y Grek pudieran verse, sólo cuando lo deseaba el primero. También podemos, con un doble sistema de seguridad intercalado, recorrer las líneas normales subterráneas de Rigvra. Pero sólo iremos hasta Tr'aak, donde nos separaremos.

—Piensas en todo, Lig.

—¿Y qué opinas tú de todo lo que nos está ocurriendo, Brsig?

El barbudo salvaje se reclinó en su asiento y se golpeó la funda metálica del arma fotónica que llevaba colgada allí:

—Quiero que mis hombres posean viviendas dignas, pero no como las vuestras. Anhelo residencias rodeadas de árboles, con fuentes de agua clara, arroyos y riachuelos entre las malezas, y viviendas que no estén unas encima de otras, sino ligeramente separadas, cubriendo, a ser posible, toda la extensión del mundo.

»Me gustaría que Qu'ell fuera un paraíso como dicen nuestros viejos que existió en el pasado, cuando se vivía de común acuerdo con la naturaleza. El «Paraíso perdido», dicen los ancianos. Allí vivían hombres y mujeres y su única preocupación era la de crear a sus hijos, educarlos en la fe de un Dios que convivía con ellos, como un amigo, y que les enseñaba todo lo que debían saber. Creo que tan malo es saber demasiado como saber poco.

—Puede que podamos realizar tus sueños, Brsig —habló Lig—. A mí tampoco me gustan las grandes ciudades y las aglomeraciones. Una existencia tranquila, con cierto trabajo en forma de «hobby», y una familia con amigos en las inmediaciones, pero no enlatados en esas viviendas metálicas de las megápolis, rodeados de luces, ruidos, vehículos terrestres, subterráneos y aéreos, y el caos diario de las ciudades enloquecidas... Esto se ha detenido, Brsig. Creo que hemos llegado a nuestro destino. Cuidado ahora.

Efectivamente, salieron a un oscuro andén solitario.

—Allí está la salida. Pero está cerrada. Hay que abrirla. Toma tu aparato y yo abriré paso.

Era una verja metálica herrumbrosa. Pero el disparador vibratorio que llevaba Lig al cinto sirvió para franquearles el paso. Subieron luego una rampa y se encontraron ante un montón de escombros.

—Con esto no había contado. Ha de existir otra salida.

Efectivamente, hallaron una ancha chimenea de respiración que les llevó hasta casi el nivel de la calle. Allí, hubieron de abrir una verja metálica. Y no bien había terminado Lig de abrirla, cuando un grupo de soldados rojos cayó sobre él, inmovilizándole.

—¡Escapa, Brsig! —gritó Lig—. No te preocupes de mí.

Así, precisamente, lo habían acordado. Brsig saltó a su aparato y pensó en salir de aquel encierro. Y eso fue, exactamente, lo que realizó el «nemoactivador» de mando, de suerte que la pequeña nave pasó rozando las cabezas de los soldados rojos, para perderse en la noche sin hacer el menor ruido.

Uno de los jefes del grupo que había capturado a Lig se aproximó, provisto de una linterna, y alumbró al joven.

—¿Quién eres?

—Me llamo Lig-Xix-201 y vengo de Monte U para entrevistarme con vuestro Pontífice.

—¿Qué dices insensato? ¿Qué blasfemia es ésta? ¡Nadie puede ver a Su Santidad, si él no lo desea!

—Pues sí que lo desea, porque ha hecho capturar a mi padre para atraerme a esta ciudad.

Mientras Lig se incorporaba, fue desarmado, despojado de casi todas sus ropas y luego esposado con anillos magnéticos a dos de los soldados rojos, que iban armados hasta las orejas.

—Debería matarte. Sólo el color de tu piel es suficiente para ello. Pero no quiero precipitarme.

El lenguaje de Bogvra y el de Rigvra era casi análogo, diferenciándose sólo en algunas palabras, en la acentuación y en los modismos. Pero como la raíz era la misma para ambas lenguas y procedían de un lenguaje altamente civilizado, no fue difícil entenderse. Lo mismo ocurría con la lengua de los moradores de Ultvra, que hablaban poco y con un reducido número de palabras. Sin embargo, el entendimiento era perfecto.

Lig fue conducido a un subterráneo que estaba vigilado por muchas unidades antiaéreas y llevado a un calabozo, donde sólo le tuvieron unos minutos. Luego, con apresuramientos, carreras, nervios y exclamaciones, Lig fue transportado a un tren ultrarrápido, donde lo instalaron con varios soldados y sacerdotes, todos armados con rifles fotónicos, y le llevaron a los subterráneos

del Templo Sagrado de Tr'aak, donde estaba la sede provisional del Sumo Pontífice de Rigvra, con el que el prisionero no tardó en verse cara a cara en el propio despacho del alto dignatario.

El encuentro fue extraordinario y singular. El multimillonario personaje, que no aparentaba más de cuarenta años iba con un ropaje blanco hasta los pies y una corona-casco que le protegía la cabeza. Debajo del ropón su cuerpo estaba protegido con un gran chaleco defensivo, capaz de repeler a las convencionales y descargas fotónicas.

—¡Vaya, vaya! ¿De modo que tú eres Lig-Xix-201, el hijo de Gan-Xix?

—Exactamente. Y uno de la Tríada del Monte U. Ahora somos nosotros los que gobernamos en Qu'ell, cuyo nombre pronto va a ser sustituido por el de la Tierra, que es el que verdaderamente le pertenece.

Grek XXI sonrió y se volvió al cardenal Thork y a Dirra, que estaban junto a él, expectantes.

—Dios fue quien sustituyó la Tierra por Qu'ell, lo que agradó el Emperador. La Tierra es el nombre que el Dios de los cristianos dio a este planeta, haciendo creer al mundo primitivo que Él lo había creado y poblado. Nosotros desterramos aquel dios y pusimos al verdadero.

—¿Ha quedado eso suficientemente probado?

—¿Qué quiere decir, advenedizo estudiante?

—Quiero decir —contestó Lig con altivez y seguridad en sí mismo— ¿si ha quedado demostrado el misterio de la divinidad y si el primer Dios fue un farsante y el vuestro es el auténtico?

—¡Debería arrancarte la lengua por lo que acabas de decir, estúpido! —masculló Grek XXI, empezando a perder su entereza—. Pero tendré paciencia.

—Es mejor que la tengas, Pontífice de Rigvra. No he venido aquí sin tomar las debidas precauciones. Pero antes de seguir adelante, quiero que pongas en libertad a mi padre. Si le ocurriera lo mismo que al padre de Anel Liamp, tu vida no sería suficiente para apaciguar mi cólera.

—¿Cómo te atreves a decirme esas cosas, insensato? ¿No sabes que puedo aplastarte con sólo mover un dedo? —rugió Grek XXI, avanzando hacia el impasible muchacho.

—Quieto ahí, santidad. Si das un paso más puedes caer muerto en el acto. No he venido indefenso, como comprenderás. Tu hermano ha sido asesinado por ti, pero nos enseñó muy bien cómo debíamos utilizar los medios que puso a nuestro alcance.

Grek XXI se detuvo en seco. Se quedó mirando fijamente al joven y luego optó por retroceder hasta su mesa, diciendo:

—Es posible que tengas razón, hijo mío. Eres de Utt, ¿verdad?

—Dejémonos de tonterías. Quiero que pongas en libertad a mi padre. Lo tienes esposado a cuatro energúmenos. Lo he visto con mis propios ojos.

—Bien. Eso carece de importancia. Ha servido para que vinieras a verme, ya que yo no podía ir a Monte U. Haré que lo liberen.

—Y que lo traigan aquí. Volverá a Monte U conmigo.

—De acuerdo… Dirra, cumple las órdenes de Lig-Xix y trae aquí a su padre.

—Sí, santidad.

Dirra abandonó la sala.

—Y ahora, mientras trae Dirra a tu padre, ¿deseas tomar algo? Sé que no te han tratado bien mis fieles al capturarte. Y a propósito. Me han dicho que un pequeño objetivo volador salió detrás de ti del túnel. ¿Iba, acaso, Brsig, el salvaje, en ese objeto volante?

—Sí, iba allí. Y ahora está cumpliendo las últimas instrucciones de Roek para poner fin a la guerra.

—¡Ah! ¿Quería Roek que no hubiese guerra? Si no recuerdo mal, los filósofos-profetas dijeron hace muchos siglos que esta guerra era inevitable. Y se ha cumplido tal y como estaba escrito. Un joven blanco cruza el Muro Alto y penetra en el mundo de los rojos, lo que ocasiona el enfrentamiento… ¡Acaban de transcurrir diez milenios y Dios hace las cosas de modo inescrutable!

Lig empezó a percibir una especie de aletargamiento y comprendió, pues había sido advertido, que Grek estaba tratando de hipnotizarle. Por este motivo recurrió a toda su capacidad mental para evadirse del influjo psíquico del otro, sabedor de que si no lo hacía, caería en sus redes. Por esto se concentró intensamente en recordar las últimas instrucciones que había recibido electromagnéticamente del Gran Mago de Monte U.

«Tú vas a ser el responsable técnico del Nuevo Estado, Lig. Tú decidirás si es necesario o no tomar el revital conocido como la

Fórmula-Una-Seis-Tres, porque esa decisión la habéis de tomar los tres y de común acuerdo, sin presiones de ningún tipo...»

—¿Es que no me escuchas, insensato? —rugió Grek XXI, dándose cuenta que su influjo mental no causaba efecto.

—Claro que te escucho, santidad. Pero yo no he venido aquí a oír palabras.

—¿Qué es lo que quieres, a cambio de la vida de tu padre?

—No aceptaré ningún trato. Amo a mi padre más que a mí mismo, porque así lo siento. Pero lo sacrificaría sin vacilar con tal de cumplir con mi sagrado deber.

—¡No hay deber más sagrado que el de servir a Dios!

—Lo haré, si viene él y me lo ordena. Tú no eres más que un ser humano, egoísta, despreciable y vil. Y no creo que Dios, el verdadero, te eligiera como representante suyo.

—¡Contén la lengua, ignorante, o haré que te la corten!

Ahora fue Lig el que avanzó hasta situarse a escasos centímetros de Grek XXI, blandiendo su índice ante el Pontífice. Y entonces fue cuando éste avanzó, se abrazó fuertemente al joven y aulló:

—¡Thork, soldados! ¡Encadenadnos juntos! ¡Pronto!

Todo sucedió en una fracción de segundo. Lig quiso zafarse del abrazo que le unía tan estrechamente a Grek, pero no lo consiguió. Y cuando vino a darse cuenta, ya le habían amarrado al cuerpo del otro, ciñéndolo con cadenas de plata. Fue entonces cuando comprendió lo que había tramado el Pontífice rojo. Si Lig quería regresar a monte U, utilizando el teletransportador que ahora manejaba Anel Liam, habría de ser llevándose consigo a Grek... ¡Y éste podría entrar en el Monte Prohibido!

—¡No hagas absolutamente nada, Anel! —gritó Lig, sabedor de que su compañera podía oírle.

El joven y su desagradable acompañante fueron tendidos en tierra, procurando que el Pontífice estuviera en postura más cómoda. Grek XXI no dejaba de reír.

—¿Y qué harán tus compañeros ahora? —preguntó—. Podemos matarte y nadie podría impedírnoslo. ¿No te parece?

Lig intentó hallar una respuesta y la encontró:

—Puedo esperar todo el tiempo que quiera, Gregorio. ¿No es ése tu verdadero nombre? Brsig, mi compañero de Ultvra, salió volando hacia sus selvas, a reunir a muchos miles de millones de seres que

Roek estaba preparado para armar. ¿Recuerdas la Historia Antigua, Gregorio?

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero a lo que ocurrió con el pueblo chino, a últimos de la Era Cristiana, cuando se retiró el «telón de bambú» y los quinientos millones de chinos se pusieron en movimiento hacia Occidente.

—No. Ignoro esa parte de la historia —admitió Grek XXI, gravemente, pugnando por hallar una posición ventajosa en su desagradable situación.

—Yo te lo diré. Se pusieron en marcha y no dejaron de caminar hasta haberse apoderado de Asia y Europa. La partición del mundo quedó establecida entonces también en tres partes: América, Eurasia y Oceanía. Luego hubo una guerra atómica que casi despobló el mundo.

—¿Cómo ahora, eh?

—Por suerte, hemos logrado dominar el átomo. Pero no son menos mortíferas nuestras armas actuales… ¿Cuánto vamos a permanecer así?

—Eso lo sabrás tú y tus amigos —respondió Grek.

—Temo que tu añagaza de unirte a mí no te ha servido de mucho. ¿Esperabas que Anel cometiera el error de traerte conmigo a Monte U?

—Eso supuse, sí.

—Tanto deseas aquello.

—¡Con todas mis ansias!

—Pues yo no tendría inconveniente en dejarte entrar allí.

Grek se agitó violentamente.

—¿Lo dices en serio, muchacho?

—Debo consultar con mis compañeros. Pero por mí no hay ningún inconveniente. Claro que no sería en las actuales circunstancias. Primero, hemos de acabar con la guerra. Segundo, hay que derribar el Muro Alto en toda su extensión. Tercero, se ha de establecer un gobierno idóneo para todo el planeta, donde blancos, rojos y verdes deben ser considerados iguales. Cuarto, quedará abolida la religión de Rigvra.

—¿Cómo? ¿Por qué? —exclamó Grek, pugnando por soltarse de las cadenas y librarse del contacto horrible que representaba para él

su compañero de encadenamiento.

—Esta religión es falsa y tú lo sabes mejor que nadie.

—¡No! ¡Mientes! ¡Matadle! ¡Es el demonio!

Los soldados monjes aprestaron sus armas, buscando el modo de matar a Lig, sin causar daño al Pontífice, pero el cardenal Thork los contuvo.

—No. Esperad. Es mejor separarlos antes.

—¡Sí, soltadme! ¿Dónde está Dirra?

—Aquí, santidad —dijo el monje rojo, apareciendo entre sus compañeros.

Lig comprendió que Dirra no había ido a buscar a su padre, para traerlo, como le habla ordenado el Pontífice rojo, sino que se había ocultado y aguardado para cuando fuese requerido.

No era así, exactamente. Dirra había ido a los sótanos y sin el menor escrúpulo, disparó su arma contra Gan-Xix-543, al que destrozó el pecho, hiriendo gravemente a uno de los guardianes que estaba encadenado a él por medio de esposas, y que se ladeó al ver surgir el fuego devastador. Luego, sin gestos ni comentarios, Dirra regresó al despacho de su amo, a la espera de órdenes. Las instrucciones concretas y determinantes ya las había recibido antes de que llegase Lig.

—Inyecta «Pirosal» a este imbécil. Antes de soltarlo, apagad bien todas las luces. Ya sabes lo que te dije.

Grek sabía muy bien que en la oscuridad no podía manejarse la ultratelevisión bifocal y menos el «teletransportador» de materia, puesto que se necesitaba mucha claridad y precisión para un trabajo tan delicado.

Lo primero que hizo Dirra, efectivamente, fue narcotizar a Lig con una aplicación a pistola-hipodérmica de «Pirosal». Luego, se apagó totalmente la luz del despacho y de la antesala, y se procedió a soltar la cadena al tacto.

En Monte U, Anel, desesperada, vio apagarse la pantalla y perdió de vista a Lig, por lo que se sintió incapaz de mover siquiera un dedo. En caso de haber actuado sin precisión, habría podido captar parte del cuerpo de Lig, y la «teletransportación» le habría sido fatal, disgregando su cuerpo y matándole instantáneamente.

Por esto, mordiéndose los labios, gritó:

—¿Qué hago, Lig? ¿Dónde encuentro el modo de solucionar esta

situación? No puedo verte y no sé dónde te han colocado.

La respuesta de Lig, no podía llegar hasta ella. Nadie podía ayudarla. Se volvió a los robots más «inteligentes», que acudieron a su apremiante llamada y les preguntó:

—¿Quién sabe cómo podemos hacer volver a Lig?

—Ninguno podemos contestar a eso —respondió uno que estaba más cerca—. Dinos lo que podemos hacer y si estamos capacitados, lo haremos. Pero no podemos contestar preguntas de ese tipo. No hay respuesta robótica.

—¡Y tampoco humana! Se lo comunicaré a Brsig.

Establecer contacto con el joven verde no fue difícil. Apareció en la pantalla panorámica casi al instante, por hallarse junto a su pequeño aparato volador, en un poblado de Ultvra.

—¿Qué sucede, Anel?

La chica se lo explicó brevemente, terminando:

—Y no sé qué hacer.

—No hagas nada. Ese ardid ha sido utilizado para pillarle con vida. Será torturado, estudiado mentalmente y dirá la verdad. Nosotros no tenemos nada que ocultar.

—Ya le había explicado cuáles eran nuestras condiciones.

—Mejor. Ahora actuaré yo. Mañana atacaré Tr'aak con veinte millones de hombres armados. No habrán visto nada igual en Rigvra. Va a temblar hasta el Pontífice.

CAPÍTULO VII
EL «GENERAL» BRSIG

Los veinte jefes. de tribu que rodeaban al joven y dinámico Brsig permanecían en cuclillas en torno a la hoguera, en el claro de la selva, cerca de un río de aguas limpias y rumorosas que la luz de Tao (La Luna) parecía querer convertir en miríada de brillantes puntos de luz celeste.

—Oídme bien —estaba diciendo Brsig a sus mayores—, os habéis inclinado hacia la guerra sólo porque lo dice la tradición. Cuando se cruce el muro y los blancos y rojos se enfrenten entre sí, nosotros iremos a recoger sus despojos.

—Así es, Brsig, hijo de Aldor, nieto de Gark, biznieto de Hud —habló uno de los ancianos, cuyos conocimientos habían sido adquiridos a fuerza de repetirse en las ceremonias tribales—. Nosotros fuimos elegidos para heredar el mundo y no habrá más blancos, rojos o verdes.

»Hemos violado a todas las mujeres rojas y blancas que han caído en nuestro poder. Sus hijos serán mestizos, sus nietos también, y los hijos de sus nietos. Pero llegará un día, dentro de varias generaciones, que tendremos hombres de la nueva raza.

—Sí, sí —admitió Brsig—. Todo eso me parece bien. Nosotros queremos abatir el Muro Alto. Queremos que sólo haya una raza en Qu'ell y que sean los pueblos los que elijan a sus gobernantes. Pero también queremos que se pueda rezar a los dioses con libre albedrío, o sea, sin presión de ningún tipo. Queremos que exista una verdadera justicia social y que nadie tenga derecho y predominio sobre los demás.

»Queremos la paz y no la guerra. Queremos una residencia digna para todos los seres vivientes, cualquiera que sea su condición,

educación o lugar de nacimiento.

—Eso también lo queremos nosotros. Y lo vamos a tener en cuanto blancos y rojos hayan desaparecido. ¿Son tus nuevos amigos los que, viéndose en difícil situación, te han enviado para que pactemos y repartamos nuestra victoria?

—¡Aún no hemos cazado al mamut, Sergo hijo de Alco, nieto de Jerán y biznieto de Urma! —replicó Brsig al cacique que acababa de hablar—. Sé que tus hombres han luchado bien en Utt, en Leot y en todas partes. Pero sus victorias han sido a cambio de sacrificar cincuenta hombres por cada uno eliminado al enemigo. Y ése es un sacrificio muy alto para obtener nuestra victoria.

—¡Por algo somos muchísimos más que ellos! —exclamó otro de los reunidos.

—Silencio. Esta reunión es de paz. Somos hermanos. Brsig aún no ha concluido.

—Sí, Anciano Pensador, surgido de la selva y cuyos antepasados debieron ser grandes cazadores, pero que no te legaron sus nombres, pese a lo cual, por tu sabiduría y experiencia te hemos acogido en esta reunión, y porque sobre tus cabellos blancos ha pasado muchas veces Tao —Brsig se estaba revelando como un orador impresionante, ya que sus palabras hacían mella y causaban efecto, a pesar de su extraordinaria juventud—. Aún no he concluido. Os puedo asegurar que he sido elegido para formar parte de un consejo de tres que regirá desde ahora en Monte U, cuyo Gran Mago, el Poderoso Roek, ha sido asesinado por su hermano Gregorio, el actual Pontífice de Rigvra.

»Habéis visto que he llegado en un pequeño aparato volador. Y debéis de saber que cuento con millones de armas fotónicas que serán repartidas entre los hombres del Pasado Verde que estén dispuestos a seguirme. Esas armas no están alimentadas por cartuchos de luz desintegrante, sino por rayos paralizantes, que aturden, adormecen, pero no matan.

»Desde Monte U, mis amigos dispararán conos neutralizantes e inmovilizadores de gran radio de acción, que se dirigirán desde satélites artificiales. Nosotros no tendremos nada más que hacer que penetrar en esos círculos, cuando se nos avise desde Monte U, y desarmar a los paralizados enemigos, conduciéndoles después a grandes campos de concentración.

»Nuestra guerra será fácil. No correremos riesgos ni perderemos hombres. Tenéis que saber que los filósofos-profetas no tenían idea de lo que decían al vaticinar que esta guerra era inevitable. No hay guerra inevitable, si se toman las medidas necesarias. Y si existen responsables, sea por egoísmo, intransigencia, ansias de poder, egolatría o megalomanía, deben ser juzgados y castigados de acuerdo con la ley.

»Por lo tanto, mi petición es: Poner a mis órdenes unos cuantos millones de guerreros y yo respondo de sus vidas. Cuidará de acabar la guerra y capturar a los responsables, tanto si están en Rigvra como en Bogvra.

—Tu petición parece juiciosa —habló el que todos conocían como el Anciano Pensador—. Y no tengo inconveniente en adherirme a ella. Es obvio que primero hemos de acabar con la guerra y luego estudiar la forma de prolongar la paz. Y si, como dices, puedes lograr éxito sin pérdida de vidas humanas, mi voto es favorable.

—Yo también estoy de acuerdo —habló otro cacique.

—Y yo.

Poco a poco, los veinte jefes de tribu fueron alzando su mano en señal de aprobación, aunque los más renuentes fueron Sergio y otro pariente suyo, llamado Admon, quienes también terminaron por alzar la mano y aceptar.

De aquel modo, después de beber en las vasijas de barro cocido el vino de frutas, Brsig organizó su primera división, la que ordenó ponerse en marcha hasta el pie de Monte U.

—Utilizad las vías rápidas de agua y las piraguas —dijo Brsig—. Partid hacia las principales comunidades y enviad los mensajes de paloma, humo, destellos heliográficos y corredores rápidos. Con mi aparato volador iré dando las órdenes de operaciones a las divisiones que deban entrar en acción. No ha de haber víctimas, pero deseo que todos vayan armados porque el enemigo puede rebelarse. Nuestras armas han de ser sólo paralizantes y emplearemos el número abrumador de nuestras fuerzas para someter al enemigo.

Dadas las instrucciones y viendo que los mensajeros ya se ponían en marcha, Brsig optó por regresar con su pequeño avión monoplaza a Monte U, desde donde le había llamado Anel.

* * *

—Grek XXI quiere penetrar en Monte U y hacerse el amo de todo esto —dijo Anel muy nerviosa—. Y no comprendo cómo Lig le dijo que él le autorizaría a venir, aunque antes debía hablar con nosotros.

—Lig no es tonto y sabe muy bien lo que está haciendo —respondió Brsig—. Lo malo es que ahora no podemos contar con él. Por eso vamos a iniciar el ataque por Tr'aak. Allí tienen a Lig escondido en alguna mazmorra en la oscuridad, para que no podamos localizarlo.

—Evidentemente.

—Pues sigamos el plan de Lig. A la hora 02.00 de mañana noche, tú harás funcionar los conos neutralizantes, que se encuentran en los satélites artificiales. En ese mismo momento, cinco millones de hombres avanzarán sobre las ruinas de Tr'aak y buscarán todas las entradas subterráneas, desarmando a cuantos rojos encuentren paralizados. Ocuparemos prácticamente Tr'aak y sus galerías subterráneas.

»Yo concentraré mis tropas en donde había estado el Templo Sagrado y estoy seguro de que encontraremos a Lig.

—Eso espero. Aquel hombre abominable, abyecto, odioso y criminal que sirve al Pontífice, mató a mi padre y al de Lig. Su nombre es Dirra y he comprobado que es un sectario fanático de Grek XXI, capaz de todos los crímenes.

—Ya me ocuparé de él. No te preocupes. Ahora me interesa disponer de las armas que Roek tenía en sus almacenes. Tengo que repartirlas entre mis hombres. ¿Cuántos robots domésticos hay en este santuario?

—Casi seis mil —dijo Anel—. Aquí tenemos robots de todas clases. Unos se dedican a limpieza, otros a servicios. Hay equipos especializados en reparaciones, en jardinería, en alimentación. Y luego están los encargados de los talleres y los de la vigilancia.

—Con esos últimos tendré bastante. Hay que sacar muchas cajas de los almacenes y transportarlas a la estación principal. Desde allí las llevaremos a la terminal y mis hombres las recogerán.

»Voy a utilizar también algunos convoyes para trasladar tropas hasta Tr'aak, mañana noche, por el mismo camino que fuimos Lig y yo.

—De acuerdo, Brsig. Yo permaneceré aquí, vigilando. Te informaré si ocurre algo en territorio enemigo.

Brsig se dirigió al subsuelo de Monte U, utilizando todos los medios de comunicación de aquel increíble y sorprendente palacio. Comprobó las armas que iba a repartir entre los hombres que ya estaban cerca de su meta. Agrupó a los robots de vigilancia y almacenes y les ordenó trasladar las armas a la estación de embarque. Todo aquello se efectuó rápidamente por medios automáticos. Los robots levantaban las cajas con máquinas de transporte y las situaban en cintas móviles.

En menos de lo que Brsig hubiera pensado, todo el material estaba dispuesto para transportarlo a la estación terminal, donde sería recogido por los hombres del Pasado Primitivo.

También cuidó Brsig de que se pusieran en funcionamiento los satélites artificiales adecuados para producir los conos inmovilizadores sobre Tr'aak. Requirió la ayuda de Anel para coordinar aquella operación.

Luego, cuando todo estuvo preparado, fue al salón comedor y se sentó a la mesa, junto a su compañera roja, de ojos negros.

—Confiemos en que Grek XXI no haya matado a Lig —murmuró Anel.

—Tengamos confianza. De todas formas, y según entiendo yo este asunto, ninguno de nosotros somos imprescindibles. Cualquier otro ser, con sanas intenciones, podría sustituirnos en caso de fallecimiento de uno de nosotros.

—¡No digas eso, Brsig! —exclamó Anel, rechazando desesperadamente la idea—. No soportaría la muerte de Lig.

—¿Y la de tu padre sí? —preguntó Brsig, intuyendo la verdad.

—No hagas comparaciones... En verdad, Brsig, amo a Lig-Xix desde el primer momento en que le conocí. ¿Entiendes tú eso?

—Creo que sí. Allá en Altura, se llama amor. ¿Cómo lo llamáis vosotros?

El color rosado de las mejillas de Anel se acentuó, volviéndose un tanto carmesí. Bajó los ojos a su plato de carne de verdura y, mientras jugueteaba con la punta del tenedor y unos guisantes, murmuró:

—Cuando vi a Lig, aquel día, saliendo de la arboleda, yo estaba bañándome en un lago solitario, donde solía ir en los días calurosos.

—¡Ah! ¿Y te sorprendió desnuda? —preguntó Brsig—. No te sobresaltes. En Ultvra se bañan juntas mujeres y hombres y nadie se avergüenza. Mi raza está más civilizada en esas cosas que la tuya. Y por ese motivo somos muchos más que vosotros. La procreación es obligatoria. Pero también es natural. Nadie debe sentirse cohibido ante un acto de amor hecho en público, ya que se trata de un instinto atávico necesario, en primer lugar dar satisfacción a unos deseos que de reprimirse pueden ser nocivos, y en segundo lugar porque no hay otro medio para tener hijos.

—Sí, sí. Yo lo entiendo, Brsig —admitió Anel—. Y nosotros en Rigvra también lo hacemos así. Pero hay leyes y costumbres. Y yo no estoy aún en la edad que exige la ley para contraer matrimonio.

—¿A qué edad se casan en Rigvra? —quiso saber Brsig.

—Las mujeres tienen que tener más de veinticinco años y los hombres más de treinta.

Brsig soltó una carcajada, diciendo:

—En Ultvra el amor es libre. Conozco mujeres que son madres con doce años. En mi tribu hay una mujer con veinticinco años que tiene nueve hijos.

—¡Qué horror! —exclamó Anel.

—¿Y qué hiciste al ver a Lig?

—Quedé paralizada, sin saber si echar a correr y denunciarlo o esperar a que se acercase a mí y dijera algo. Yo me apresuré a salir del lago y a colocarme la túnica.

—¿Túnica? ¿Por qué?

—Iba a ingresar en un convento de religiosas.

—Sí, ya sé que en Rigvra a todas las muchachas hermosas las destinan a siervas de Dios. Y en los sacrificios negros, especie de aquelarres malditos, donde la orgía consiste en blasfemar contra Dios, para arrepentirse después, ya que si no hay pecado no puede haber arrepentimiento, se cometen las mayores atrocidades sexuales que se conocen.

—¡Eso son habladurías! —exclamó Anel.

—La mayor parte de los monjes-soldados son hijos de las siervas de ese que vosotros llamáis Dios. Pero sé muy bien que todo es una farsa.

»Yo también pasé el muro alto, ¡saltándolo! —Lo sé.

—Acumulamos árboles y troncos hasta formar una escalera con

la que llegamos a lo alto del muro. Luego, utilizando cuerdas vegetales, bajamos al otro lado. Ocurrió sin embargo, que nos detuvieron en el primer lugar poblado que llegamos. Varios de mis compañeros pudieron escapar, pero otros fueron ejecutados, degollados y quemados.

»Los que huyeron, regresaron al muro, treparon por las cuerdas y las recogieron. Cuando informaron a nuestros jefes, fueron castigados por temerarios e irresponsables.

»A mí me llevaron a Xerky, donde me encarcelaron. Y de no haber sido por vosotros dos, seguramente habría muerto allí o todavía estaría encerrado. Y si quieres que te diga la verdad, aún no sé cómo nos dejaron ir.

—Tenía que entablarse la guerra, según me dijo mi padre —contestó Anel—. Lo que dijeron los filósofos-profetas fue que un joven blanco cruzaría el Muro Alto, uniéndose a una joven roja y a otro joven verde. Y en Rigvra, como ocurre con la leyenda de la vuelta del Mesías, todo cuanto dijeron los filósofos-profetas del pasado, se debe cumplir. La Guerra de Exterminio era inevitable. Grek XXI tenía que matar a su hermano Roek. Matar en Rigvra no es nada grave. Se piensa que la muerte nos pone en contacto con Dios definitivamente y terminan así nuestros sufrimientos.

»El Pontífice rojo nos dejó ir a los tres a nuestros países, como embajadores. A mí no me secuestró ni me sedujo Lig. Me dieron la orden de ir con vosotros y eso hice. Creí que había sido elegido por la suerte, cuando, en realidad, fue el Pontífice de Rigvra quien autorizó mi partida al mismo tiempo que armaba a los monjes para la guerra.

—Bueno, no te preocupes, Anel. Lig será rescatado y nosotros haremos que la paz reine en Qu'ell, donde quedarán derribadas las murallas.

—Esperamos que así sea, Brsig… ¡Qué Dios nos ayude!

Comieron durante un rato un silencio y, de pronto, el verde barbudo miró a la muchacha y preguntó:

—¿Existe Dios, Anel?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Sencillamente, lo sé. Y está en un cielo que no se parece en nada al nuestro. Su mundo no es redondo como Qu'ell. Tampoco es

material. Y ante Dios sólo comparecen, después de muertos, los espíritus que han sido buenos.

—¡Ah! —exclamó Brsig—. Si yo no creo en El, pero he sido bueno, iré al reino de Dios.

—Eso creo. Pero si eres bueno, debes creer en él.

—¿Para qué? Creer en algo por creer en algo no tiene sentido para mí? La en las selvas de Ultvra un viejo al que llaman el Anciano pensador que nunca ha pronunciado el nombre de Dios, pero sus enseñanzas parecen haber sido de inspiración divina. Ese hombre entiende la vida de un modo fantásticamente sencillo. Dice que la mujer y el hombre son dos seres distintos que se necesitan para tener hijos, de igual modo que hacen los animales en la selva.

»Dice que una vez nacidos, no somos libres hasta que no podemos valernos de nosotros mismos, y por tanto, hasta entonces, dependemos de nuestros padres. Eso por un lado. Por otro, al nacer tenemos que cumplir un destino que nadie sabe cuál es, pero que todos realizamos inevitablemente, y que nuestro destino está relacionado con el destino de los demás seres, ya que formamos una especie o una raza.

»El Anciano Pensador dice que si somos dignos en vida, se nos respetará al morir, se hablará de nosotros. Cree, también, que seres muy excepcionales, al morir no mueren definitivamente. El no dice que tengamos un espíritu que va a saludar a Dios y a decirle: "Aquí estoy, Señor; me he muerto y vengo a saludarte y a conocerte", porque esto no tiene sentido y parece ridículo.

»En cambio, el Anciano Pensador cree que si un hombre aporta algo importante al progreso, evolución y perfeccionamiento de su raza, el Dios lo llama para colaborar con él para que los seres del futuro sean mejores.

—Extraña filosofía la de ese Anciano Pensador —admitió Anel —. A su manera, piensa casi igual que nosotros. Así me enseñó mi padre.

—Bueno yo he dicho que Dios llama a sus mejores hijos —rectificó Brsig—. Pero el Anciano Pensador no lo expresa así. A lo que yo he llamado Dios, él lo llama Espíritu supremo de Todos los Seres del Universo.

—Me gustaría conocer a ese hombre, Brsig. Cuando termine esto, ¿podremos invitarle a venir aquí?

—Sí, por supuesto. Lig no se opondrá. Nosotros agasajaremos y premiaremos de algún modo a todo el que se destaque por haber ayudado a sus semejantes, por haber realizado algo importante o por haber creado algo ello.

»Y ahora, si me lo permites, voy a la lucha. Hay que hacer muchas cosas para que no nos falte nada. Estaré en contacto contigo en todo momento.

—¡Sí!. Me da mucho miedo tener que actuar sola, sin saber si hago las cosas bien o mal, por favor. Pero, por favor, cuando me pidas algo, hazlo de modo que yo pueda verte y sepa de forma segura que eres tú. Temo que Grek XXI y sus seguidores me hagan víctima de algún engaño y todo se malogre.

—No temas, Anel. Sé valiente… ¡Animo!

Brsig se fue pensando en lo que Anel le había dicho.

CAPÍTULO VIII
TODOS CAPTURADOS

Un débil gemido indicó a Lig que no se encontraba solo en la tenebrosa oscuridad que le rodeaba, y en donde se había encontrado a sí mismo, al recobrar el sentido unos minutos antes.

Primero se había esforzado en recordar, sin saber a ciencia cierta quién era ni lo que estaba haciendo allí. Luego cuando recuperó la memoria se maldijo por su ingenuidad al caer en poder de Grek XXI de forma tan simple.

Y se lamentó durante algunos minutos, doliéndose del perjuicio que iba a ocasionarles a sus amigos gracias a su irresponsable conducta, con la cual iba a poner a Brsig y Anel en delicada situación, si es que no caían en poder del Pontífice, como había ocurrido con él, y los buenos propósitos de renovación de Qu'ell quedaban interrumpidos.

Entonces oyó el apagado gemido de alguien que debía encontrarse en la misma mazmorra que él.

Se incorporó y preguntó:

—¿Quién hay ahí?

—Auxilio... por favor —gimoteó una voz—. Me muero.

Las palabras orientaron a Lig, que se incorporó del todo y avanzó despacio hacia donde le hablaban. El hombre estaba tendido junto al muro de piedra. Al agacharse y tocarle, Lig supo que era un monje, porque tal era su ropaje.

—¿Qué le ocurre, buen hombre?

—He sido golpeado hasta casi morir.

—¿Por qué?

—No quise disparar contra los hombres blancos... ¡Ay, mi espalda! ¡Debo tener rotas varias costillas... Dios mío, cómo me

pegaban! Me dijeron de todo… ¿Y a ti?

—¿Yo? —Lig se detuvo. Pensó que aquel monje podía ser un enemigo, puesto en su misma celda para sonsacarle y él no podía revelar nada de cuanto sabia. Pero, por otra parte, estaba seguro que de Grek XXI ya había hecho escudriñar su mente, puesto que los «scanners» mentales eran tan antiguos como el hombre. Y, por otra parte, si Anel estaba tratando de localizarlo, para rescatarlo, su propia voz podría ayudarle—. No sé por qué estoy aquí, amigo mío. Ni tengo nada para ayudar Estaba sin sentido y acabo de recuperarme.

—¿Tampoco eres partidario de matar?

—No, por supuesto. La vida debe ser sagrada —replicó Lig, buscando la mano del monje, para asírsela y sentir si había honradez o falsedad en ella.

El monje se agarró a la mano del Lig como si tuviese hambre de contacto humano.

—¿Cómo te llamas, amigo mío? —preguntó.

—Lig-Xix. Soy blanco.

—¿Blanco? ¿De Bogvra? —replicó el monje, soltando bruscamente la mano—. ¿Y por qué te ha traído aquí?

—Es muy largo de contar. ¿Cómo te llamas tú?

—Jeel Sainar, y soy de Xerky. Desde niño elegí el camino del señor y me dediqué a estudiar teología… No debería decirte todo esto, siendo blanco.

—¿Por qué no? ¿Tanto nos odias?

—No, no… Yo no odio a nadie —replicó vivamente Jeel Sainar —. No conozco a los seres blancos… Si pudiera ver tu rostro.

—A veces es mejor no saber con quien se habla, Jeel Samar. Pero en Bogvra yo soy un muchacho que ha terminado su carrera y espera un puesto donde desarrollar sus conocimientos técnicos.

—Sin Dios no podéis tener esperanza. Sólo Él puede guiar vuestros pasos por el camino de la verdad.

—¿Estudiabas teología, Jeel?

—Sí. Para estar más cerca de Dios.

—¿Y si yo te demostrase que Dios no es lo que te han dicho de él?

—¿Tú? ¿Un hombre blanco? Si no fuese por la paliza que me han dado esos cobardes y que no me puedo mover de dolor, me

echaría a reír. ¿Y qué podéis saber vosotros de esas cosas si ya vuestros antepasados renunciaron a creer en la verdad divina?

Lig sabía muy bien que discutir con seres obcecados y fanatizados era tan inútil como gritarle a una pared. Por esto, y como nada podía hacer por el cautivo doliente u obstinado, optó por retirarse y sentarse en el otro lado de la celda.

—Será mejor que cambiemos de tema —propuso Lig—. ¿Conoces a Grek XXI, Jeel Samar?

—¡Qué pregunta más tonta! ¿Quién no conoce al Soberano Pontífice, el Redivivo? ¡Es nuestro jefe supremo!

—¿Crees que ha resucitado?

—¡Claro! ¿Eso está en el dogma? Si no hubiera resucitado treinta y seis veces no podría estar con nosotros. Y eso es una prueba de la existencia del Altísimo.

—¿Y si yo te dijera que no ha resucitado ninguna vez, sino que se revitaliza periódicamente y finge resucitar para que el pueblo crea en la intervención divina?

Jeel Samar debía estar muy dolorido, pero las carcajadas que soltó atronaron la mazmorra. Estuvo riendo un largo rato y, al fin, entre jadeos, dijo a Lig:

—Es lo más gracioso que he oído en la vida, amigo Lig-Xix. Si puedo salir de aquí y lo cuento en el monasterio voy a causar sensación. Ese argumento es intolerable y demuestra el odio que sienten los blancos por nosotros.

—¿No crees, pues, que se puedan vivir varios miles de años? ¿No has oído hablar a Roek, el Gran Mago de Monte U? —preguntó Lig.

—Sí, claro... Calla, algo ocurre.

Efectivamente, en alguna parte de la oscuridad reinante, debía haber una puerta. Y detrás de ésta se oían voces enérgicas y gritos autoritarios.

Lig se puso en pie y tentó el muro. Siguiendo las paredes, efectivamente, encontró una oquedad y una recia puerta de madera sujeta con goznes de hierro. Y, precisamente, al otro lado de la puerta, alguien estaba gritando con voz autoritaria:

—¡Abre ahí, perro rabioso! ¡Abre o te destrozo la cabeza!

Chirriaron los pestillos y Lig retrocedió, para no ser sorprendido en el marco. Una luz potente inundó la mazmorra.

—¿Está aquí el teólogo Sainar? —preguntó alguien, detrás del fuerte rayo de luz.

—Sí, sí. Aquí estoy. ¿Quién eres?

—¡Gracias sean dadas a Dios! Venimos a salvarte, Samar. Te llevaremos a uno de nuestros monasterios de los Montes Sagrados... ¿Quién eres tú? ¿Qué hace aquí un hombre blanco?

—Es un joven muy inteligente —habló Samar.

—¡Ayúdame a sacar de aquí a nuestro amigo! —exclamó el de la linterna.

Lig se vio empujado. Ayudó, junto con otro monje, a levantar el cuerpo lastimado de Jeel Samar, al que sacaron de la mazmorra. Una vez fuera, donde los vigilantes estaban de cara a la pared, con las manos en alto, encañonados por otro monje, Lig fue obligado a correr con su carga hasta una escalera. Subieron por ella y acabaron por desembocar en un gran patio que estaba lleno de escombros. Allí había una ambulancia de suspensión antigravitacional que los monjes compañeros de Samar habían robado al ejército rojo.

—¡Aprisa! ¡Subid todos!

Jeel Samar fue colocado en una camilla. El vehículo se puso en marcha casi inmediatamente. Luego, se oyeron fuertes explosivos, imprecaciones, gritos y disparos.

—Muy bien —dijo Creek XXI, asomado a una ventana del edificio en ruinas—. Espero que los hombres de Samar hagan las cosas bien y mañana podamos estar en Monte U.

Detrás del Pontífice, provisto de unas gafas ligeras de infrarrojos, con las que había estado viendo «la huida», se encontraba Dirra, el monje ayudante de Grek XXI.

—Demasiado fácil, santidad. Ese chico no es imbécil y pronto se dará cuenta del engaño.

—No lo creas. Administré a Lig-Xix una droga que le mantendrá como aletargado durante varios días y bajo el efecto calmante de esa droga no podrá actuar con voluntad propia.

—Volvamos al refugio. Si es cierto que el otro tipo verde piensa atacarnos a las dos en punto, esa hora está a punto de llegar — recordó Dirra.

—Me gustaría ver de lo que son capaces... ¿Eh, qué es...? Grek XXI no pudo seguir hablando. Una luz verdosa se había extendido sobre la ciudad en ruinas, procedente del alto espacio, y los cuerpos

quedaron paralizados, sin poder mover ni un solo músculo. Incluso perdieron el sentido.

El fantástico efecto paralizador de los conos de luz verde y su rápida acción sobre todos los seres vivientes era algo que el Pontífice rojo de Rigvra no había sospechado siquiera, aunque en la confesión de Lig surgió algo de esto. Pero como Grek XXI y sus secuaces no dieron importancia a la declaración, ahora pagaban las consecuencias. Toda la población de Tr'aak, que antes de iniciarse la guerra era de más de dos millones de habitantes, quedó inmovilizada tanto en la superficie como en los refugios subterráneos. Los conos inmovilizados actuaron conjuntamente, cubriendo toda la población.

Y luego, unos seres envueltos en buzos de plástico, inmunes a la paralización física, se movieron entre las ruinas, llegando de las inmediaciones con vehículos de suspensión antigravitacional, ya que la cantidad tan enorme de escombros impedía circular otros carruajes con ruedas, y procedieron a desarmar y capturar a todos los soldados, hombres y mujeres, que encontraron en su paso.

Los hombres verdes, cumpliendo las órdenes de Brsig, actuaron con disciplina y eficacia, metiéndose por todos los agujeros, descendiendo a las galerías subterráneas, vías de trenes electromagnéticos y suburbanos de cercanías, así como en los sótanos de los templos.

Se registró palmo á palmo las galerías del Gran Templo y se detuvieron a infinidad de altos dignatarios religiosos, todos los cuales, en vagones de tren, fueron conducidos, amontonados y desarmados a una terminal férrea, para ser sacados e internados en el campo de concentración al efecto, y que se consideró con capacidad para bastantes millones de prisioneros.

Y la casualidad quiso que Grek XXI y Dirra no fueran vistos, porque los guerreros verdes no pensaron que en la torre en ruinas pudiera haber alguien. Además, el pequeño avión de Brsig pasó por allí a no mucha velocidad, cuando ya era de día, y tampoco se fijó. Al aterrizar ante lo que antes había sido una de las plazas más hermosas de Tr'aak, ante el gran Templo Sagrado, Brsig se encaró con unos cuantos de sus jefes de grupo:

—¿Habéis encontrado a Lig-Xix?

—No, Brsig. Todos los prisioneros de las mazmorras están en

aquel grupo que ves allí. Hemos preguntado y nadie ha contestado con ese nombre. El Pontífice tampoco está.

Furioso, Brsig casi corrió hacia donde estaban los liberados de las mazmorras, cuyo número sería de alrededor de quinientos.

—Busco a un muchacho de raza blanca que estaba cautivo aquí. ¿Quién le ha visto?

Uno de los prisioneros, un ciudadano rojo de cabellos blancos, alzó la mano y avanzó hacia Brsig, diciendo:

—Perdón... Anoche ocurrió algo en la galería donde yo estaba encerrado. Alguien sorprendió a los guardianes y los desarmó, exigiendo la libertad de otro. Oí las voces. Y los que fueron varios los que escaparon, llevándose un cuerpo inanimado. La puerta de mi celda tiene una rendija y a la débil luz del exterior creí ver a un hombre blanco ayudando a transportar a un herido. Sería poco después de medianoche, aunque no estoy muy seguro porque aquí carecemos de la noción del tiempo.

—Gracias. Creo que podéis vosotros mismos formar un comité cívico para revisar a los prisioneros. No queremos represalias, pero sí que se restablezca el orden y la paz en todo Rigvra. Y bien podemos empezar por Tr'aak. ¿Qué os parece?

»Hay que juzgar a los culpables de acuerdo con leyes que serán universales. Tú mismo puedes ser comisario juez provisional. No me importa saber la causa por la cual estabas encerrado.

—Insulté al cardenal ayudante Thork y le llamé asesino. Mi hijo había sido muerto en la lucha contra los blancos y estoy seguro de que el culpable de esta guerra es Grek y su falsa doctrina.

—¿Cómo te llamas?

—Reek Doner y soy ingeniero constructor.

—Perfectamente, Doner. Quedas nombrado comisario juez provisional. Elige a tus ayudantes y organiza la depuración. Buscad locales adecuados. Si alguien os pide cuentas decid que el general Brsig os ha dado la orden. ¡Ah, y quiero que se busque a un joven blanco llamado Lig-Xix-201! ¿Recordarás el nombre?

—Puedes estar seguro, general Brsig. ¿Dónde puedo encontrarte, si te necesito?

—Establecerás contacto directo con Anel Liam, en Monte U. Ahora somos nosotros los que gobernamos allí. Esperamos que se restaure pronto esta ciudad. Cuando los hombres hayan declarado

ante los registradores y prometido defender el nuevo orden, serán liberados y puestos inmediatamente al trabajo. Habrá libertad religiosa de cualquier especie. Habrá tolerancia y comprensión, pero también habrá justicia para los responsables de crímenes.

—¿Hemos de organizar la policía de orden? —preguntó Reek Doner.

—Sí. Serán grupos de Defensa Civil. Empieza por reunir un grupo entre todos estos hombres. Celebraréis asambleas para tomar decisiones mayoritarias. No se podrá hacer nada sin la aprobación de la mayoría y la autorización o el visto bueno de Monte U. Ese es, en principio, el sistema que vamos a seguir en todas partes. Sí hay historiadores entre vosotros, que os expliquen lo que significa la democracia, que de todas las formas de gobierno es la menos mala.

Dicho esto, Brsig regresó a su pequeño avión, desde donde se puso en contacto con Anel. Al establecerse la comunicación, Anel exclamó:

—¡Iba a llamarte, Brsig! ¡Acabo de localizar a Lig!

—¿Sí? ¿Dónde está?

—Con los monjes, en los Montes Sagrados. Lo salvaron anoche, sacándole de su encierro. Parece ser que buscaban a otro, pero como ese monje estaba con Lig, se los llevaron a los dos.

—Bueno, transportarla a Monte U y que se haga un reconocimiento médico. Tengo entendido que disponemos de robots médicos y laboratorio fisicoquímico...

—¡No se trata de eso, Brsig! —exclamó Anel, angustiada—. Ya he «teletransportado» a Lig aquí... He hecho todo lo que indica la placa de instrucciones, pero, en vez de Lig ha aparecido un monje al que he tenido que paralizar y encerrar en una cámara aislada.

—Inténtalo otra vez. Busca bien a Lig, centra perfectamente la ultratelevisión bifocal y...

—Lo he hecho, Brsig. Es cierto. Pero algo anormal está sucediendo... ¡Creo que han atravesado la barrera electromagnética! ¡Se pierde la imagen, Brsig!

La comunicación con Monte U quedó interrumpida. Brsig se volvió a uno de los jefes de su ejército y le dijo, mientras saltaba en el asiento de su aparato volador:

—Toma el mando, Sergo. Tengo que ir volando a Monte U. Haz que acudan hacia allá todos los hombres armados que puedas

enviar. Posiblemente voy a necesitarlos.

—Sí, Brsig.

El joven verde hizo actuar el nemoactivador y el aparato se elevó vertiginosamente, enfilando hacia la cordillera central donde se encontraba el impresionante Monte U, la cumbre más importante de Qu'ell.

A velocidad supersónica, Brsig pronto estuvo sobrevolando su objetivo, aminorando la velocidad hasta el límite inferior permitido y observando las instalaciones que se podían observar desde el exterior, como eran los campos adyacentes, los jardines y las pistas deportivas.

No viendo nada sospechoso, se dirigió hacia la plataforma de aterrizaje, único lugar de aquella fabulosa residencia donde existía un paso libre, sin la protección de la barrera electromagnética.

Aterrizó junto a un hangar y saltó a tierra. Fue hacia la entrada de un pasillo automático, y, de súbito, se vio rodeado por cuatro soldados rojos, que lo encañonaron con sus armas desintegrantes:

—¡Quieto! ¡No te muevas! —conminó uno de ellos y que parecía ser el jefe—. ¿Quién eres? ¿Adónde vas?

—¿Dónde está Anel? ¡Quitaos de mi camino!

Brsig trató de desenfundar su arma, pero el jefe del cuarteto le golpeó fuertemente en la cabeza, haciéndole vacilar. Le sujetó de un brazo y masculló:

—No hemos venido hasta aquí para jugar al escondite, verde salvaje. Ahora verás a tu traidora Anel.

Entre los cuatro arrastraron a Brsig hasta una cabina de transporte interior, donde lo arrojaron en el suelo. La cabina se puso en marcha y en pocos segundos les trasladó casi al otro extremo de la residencia. Allí, en una sala desprovista de todo mobiliario, muy amplia, se encontraba Anel Liamp, tendida en el suelo y vigilada por dos guardianes rojos, uniformados y armados como los cuatro anteriores.

Brsig fue arrastrado hasta donde estaba Anel.

—Ahí la tienes. ¿No querías verla?

Brsig estaba sangrando por la cabeza y Anel, con un pañuelo que sacó de entre sus ropas, trató de limpiarle la sangre, mientras decía:

—¡Salvajes! ¿Era necesario golpearle así?

—No te preocupes. ¿Cómo han llegado hasta aquí?

Un obispo grueso, vestido de negro, y provisto de un casco protector transparente, entró en aquel momento. Se acercó a ambos jóvenes y dijo:

—Soy el obispo Zaf-fir, Jefe del Control Exterior de Rigvra. Pronto tendremos aquí a Lig-Xix y al propio Grek XXI. Entonces se decidirá vuestra suerte, la cual, mucho me temo, sea la condena a muerte.

—Tr'aak ha caído en nuestro poder —contestó Brsig—. Somos muchos millones de salvajes verdes, como nos llamáis vosotros, y estamos bien armados.

Nosotros los desarmaremos —replicó el obeso obispo—. No te preocupes. Desde Monte U podemos dominarlo todo.

—¿Y cómo habéis podido entrar?

—Con habilidad y suerte. Nada más. Anel nos facilitó las cosas contra su voluntad. Tuvo un descuido y lo aprovechamos. Hasta pronto, amigos. Os deseo mucha suerte.

CAPÍTULO IX
LUCHADOR INVENCIBLE

Lig empezó a comprender que había caído en una trampa, cuando el «liberado» Jeel Samar, que tan grave se encontraba a consecuencia de la «paliza» recibida, se acercó a él y le ayudó a bajar de la ambulancia.

—Ya hemos llegado, amigo mío. Este es el Monasterio del Anticristo. Nos encontramos en las Montañas Sagradas, a cien kilómetros de Xerky.

Débil y casi sin voluntad, Lig bajó de la ambulancia. El sol del amanecer alumbraba las montañas, en cuyo interior se encontraba el Monasterio.

Le acompañaron hasta una pared lisa, que se descorrió como si alguien hubiese pronunciado un conjuro mágico, y vio ante sí una sala enorme intensamente iluminada, con los dos muros laterales materialmente cubiertos de puertas y ventanas, en línea interminable, y formando hileras de seis pisos. En un rápido cálculo, Lig dedujo que allí, a la derecha, debían haber unas dos mil celdas. Y con las otras dos mil de enfrente, la cuenta era clara. Supo después que en cada celda vivían monjes varones. Por tanto, eran ocho mil los anticristianos del Monasterio.

Lig, sin embargo, fue conducido al fondo, donde había un gran altar negro, en cuya parte posterior había una escalera que conducía al subsuelo. Estaba protegido por puertas de hierro, accionadas por control remoto y eléctricamente.

Un guardián, enteramente vestido de negro, con capucha, examinó a Lig, lo fotografió y apuntó su nombre en una ficha. Luego, se abrió la puerta y el prisionero fue conducido por el propio Jeel Samar hasta una galería en donde sólo había media docena de

celdas. Para llegar hasta allí, Lig hubo de atravesar seis puertas metálicas.

—¿Adónde me llevas, Samar? —preguntó, al fin, Lig.

—A un lugar seguro. Hemos de protegerte.

—Pero ¿no era a ti a quien fueron a liberar tus compañeros?

—Lo siento, Lig. No he hecho más que cumplir órdenes del propio Pontífice. Teníamos que traerte aquí para que tus compañeros no pudieran sacarte por «teletransportación». Esta montaña posee una gran radiación magnética y vuestros aparatos no actúan adecuadamente.

—Entiendo. Jeel. En vez de un teólogo eres un comediante.

Jeel no respondió. Se abrió una de las celdas, cuya puerta era tan recia como la de un banco acorazado, y Lig penetró. Dentro había una litera, un lavabo, un pequeño cuarto de baño y una mesita y una silla metálicas, ambas empotradas al muro.

—Lo siento, Lig. Me han ordenado que te traiga aquí.

—Bien. Ya te puedes marchar.

—Sí, me voy... Oye, Lig, aquello que dijiste de Grek XXI... ¿Es cierto que no muere?

—Sí.

—¿Puedes darme una explicación razonable?

—Sí. Hace muchísimos años, un sabio llamado Sendy Craig inventó una fórmula regenerativa, llamada Fórmula Uno-Seis-Tres, cuya propiedad era de prolongar la vida. La tomaron varios individuos y vivieron muchos años. Luego unos se suicidaron y otros fueron asesinados, quedando sólo dos hermanos, Roek y Grek, que hicieron el mundo a su manera después de la muerte de Qu'ell. Roek, el Gran Mago de Monte U comprendió que ya había vivido bastante y decidió cambiar el mundo, a lo que se opone Grek XXI, hasta el extremo que ha hecho matar a Roek para que no siga adelante con sus planes.

»Yo era uno de los tres que debía relevar a Roek en Monte U. Los otros dos son una chica roja y un muchacho verde. Teníamos que abatir los muros sagrados y establecer el Nuevo Estado en todo Qu'ell, que volverá a llamarse La Tierra. Y, por supuesto, revisaremos todo lo concerniente a la religión, tal y como la explica Crek, es más falsa que la historia de sus resurecciones.

Jeel Sainar no dijo nada. Cerró la puerta y dejó a Lig encerrado

en su mazmorra. Retrocedió por los pasillos y, en vez de subir de nuevo la escalera, penetró en una pequeña cámara ascensor y ordenó verbalmente a un acústico que le llevase a la celda del Padre Rector del Monasterio.

Jeel Samar hubo de esperar unos minutos hasta ser recibido por un hombre de cabellos blancos y cortos que estaba sentado detrás de una mesa de madera.

—Padre, he cumplido la misión. Ese muchacho blanco está encerrado en la celda número 4, como era el deseo de Grek XXI.

—Muy bien, Samar. Te agradecemos el servicio. Espero que Grek XXI te recompensará.

El monje no contestó de inmediato. Miraba a su superior como si no se atreviera a decir algo.

—¿Qué ocurre, Samar? ¿Hay algo más?

—Pues... Sí, creo que sí y monseñor está en el derecho de saberlo. Se trata de nuestro Pontífice. Fue él quien provocó la guerra. Los blancos enviaron un embajador con ofertas de paz. Lo que quieren en Bogvra es la reunificación de Qu'ell, la abolición de la Gran Muralla y la integración de verdes blancos y rojos bajo una nueva constitución política, donde la religión sea libre.

—¿Adónde quieres ir a parar, Samar? —preguntó el Rector, incrédulo.

—Pienso que si he servido al Pontífice, éste podía concederme una audiencia. Deseo hacerle algunas preguntas que perturban mi conciencia.

—¿No estás muy extraño, Samar?

—¿Extraño? ¿Y no es extraño que Grek XXI, siendo hombre como nosotros, muera y renazca tantas veces, mientras que los demás morimos una sola vez y definitivamente?

—¿Dónde quieres ir a parar, Samar? Habré de suponer que tus profesores de teología no te han enseñado bien. En nuestro monasterio el principio es la aceptación de la verdad, sin poner en duda ni una palabra.

—En este monasterio se enseña lo que desea el Pontífice. Y todo se acepta como verídico. Los blancos, y de esto acabo de enterarme hoy, dicen que Grek XXI es mortal, pero que toma un brebaje que le prolonga la vida. Así puede fingir haber muerto treinta y seis veces y haber resucitado otras tantas. Por eso los blancos no creen que el

milagro de la resurrección sea verdadero.

El Padre Rector presionó un mando de un tablero metálico que tenía sobre su mesa y en el muro, frente a él, se descorrió una pantalla de televisión, donde surgió el busto de un monje.

—Comunícame con el Templo de Tr'aak, Luk. Quiero hablar con el Pontífice Grek XXI.

—Sí, Eminencia —contestó el monje de la pantalla.

—Hablarás con Grek XXI en persona, Jeel Samar dijo el rector—. Y le harás las preguntas que me has hecho a mí. Tu vida dependerá de la respuesta del Pontífice.

Sin embargo, Grek XXI no pudo contestar a la llamada del Rector del Monasterio de las Montañas Sagradas. La noticia que le dieron fue que el Pontífice había caído en poder de un numeroso ejército verde, que había sorprendido a la guarnición de Tr'aak durante la noche. El sucesor de Grek XXI era el obispo Zaf-fir, que se encontraba en Monte U y desde donde iba a concluir con la guerra.

—¡Vamos, sal inmediatamente! —exigió Jeel Samar, ofreciendo a Lig-Xix un modernísimo ametrallador de rayos desintegrantes—. No podemos perder ni un segundo. Volveremos a Tr'aak, con tus aliados, los hombres verdes, cuyo jefe ha caído prisionero del nuevo Pontífice.

—¿Qué dices, Samar?

—Vamos. Te lo explicaré por el camino. Hay una ambulancia aérea esperándonos.

Lix, sin creer en su cambio de suerte, asió el arma, cuyo manejo conocía muy bien, y corrió detrás de Samar, en el que le llevó hasta la cabina de un ascensor. Mientras se dirigían al hospital, una gran dependencia adjunta al monasterio, el monje teólogo le explicó:

—Parece ser que Grek XXI ha sido capturado en Tr'aak. Pero el obispo Zaf-fir, valiéndose de no sé qué artimaña, desde el Centro de Control Exterior, ha penetrado en Monte U, con un grupo de monjes-soldados y ha capturado a una chica roja, llamada Anel Liamp y a un jefe verde, de nombre Brsig.

—¡No! —exclamó Lig, desesperado—. ¡Todo se ha perdido, entonces!

—Por eso intervengo yo. El destino obedece las órdenes de Dios mucho mejor que los hombres. Cuando me dijiste que Grek XXI era

un farsante, comprendí que mi destino era ayudar al Nuevo Estado. Greek XXI no ha podido contestar a mis preguntas, pero los hechos si lo han contestado. Yo te ayudaré a terminar con la guerra y a que la verdad prevalezca sobre la mentira.

Al abrirse la cámara del ascensor se encontraron en una sala de ambulancias. La más próxima estaba equipada completamente con material que no era muy sanitario, puesto que albergaba cañones y ametralladoras y estaba ocupada por seis hombres que, en vez de monjes, parecían tropas especiales, lo que en realidad eran, ya que bajo el hábito monacal llevaban pectorales protectores, cascos ídem, y armas cortas de todo tipo colgando del cinto y del pecho.

—Este es el Comando Buda —explicó Jeel Samar—. Están con nosotros. ¿Listos, hermanos?

—Sí, Jeel. Cuando quieras.

—Pues salgamos de aquí. Vamos hacia donde nos diga Lig-Xix-201.

—¿Hay tropas verdes en Tr'aak? —preguntó Lig.

—Sí.

—¿Y no podemos establecer contacto con ellas?

—Podemos intentarlo mientras volamos.

—Pues hacerlo. Preguntar por Brsig o por su ayudante inmediato. Es importante saber quién está en Tr'aak y quién en Monte U. No me fío absolutamente de Grek XXI.

La ambulancia salió por una hendidura de la base y remontó el cielo a gran velocidad. Sus ocupantes iban sentados en cómodas butacas, revisando sus armas. Jeel Samar fue el encargado de las comunicaciones y en menos de cinco minutos regresó junto a Lig, diciéndole:

—He hablado con el ayudante de Brsig en Tr'aak. Se llama Sergo y tampoco ha podido establecer contacto con Brsig ni con Anel Liam. Monte U no contesta.

—Comprendo. Tenías razón. Iremos primero a Tr'aak y hablaré con Sergo. Luego, asaltaremos Monte U por vía subterránea. Sé cómo entrar allí.

En la plaza del Templo Sagrado de Tr'aak, un grupo de hombres rojos, ataviados con túnicas blancas, salieron a recibir al aparato ambulancia, mientras una gran tropa verde se situaba en semicírculo.

El jefe del Consejo Cívico era el ingeniero Reek Doner, nombrado juez comisario por el propio Brsig, y así se lo explicó a Lig.

—Antes de irse a Monte U, de donde recibió malas noticias, Brsig me encargó formar una comisión de gobierno para juzgar a los prisioneros. El general Sergo está enterado de todo.

—¿Por qué nos rodean esos hombres armados? —preguntó Jeel Samar, preparando sus armas.

—Hemos de asegurarnos de quien llega a la ciudad —dijo Doner —. Ahí viene Sergo en persona.

El verde Sergo era poco locuaz. Se acercó y preguntó:

—¿Quién es Lig-Xix?

—Yo —dijo el aludido.

—Ven conmigo al templo. Quiero enseñarte algo… No, vosotros os quedáis aquí.

Sorprendido, Lig siguió al general del ejército verde sin hacerle preguntas. Pero su sorpresa fue enorme cuando, una vez en el templo en ruinas, bajaron una escalera y penetraron en una sala llena de soldados verdes, en el centro de los cuales, sentados, estaban… ¡Grek XXI y el monje Dirra!

—¿Dónde estaban? ¿Cómo los habéis capturado?

—Estaban paralizados y los encontró uno de nuestros hombres en una torre en ruinas. No sabíamos quiénes eran, pero al ser conducido al campo de prisioneros, se vieron descubiertos. Por eso los hemos traído aquí. Quisieron hipnotizar a uno de los guardianes y les he puesto doscientos hombres de vigilancia.

—Hablaré con ellos. Los conozco muy bien —dijo Lix.

—De acuerdo. Dejad pasar a este hombre blanco.

El circulo de guardianes se abrió y Lix avanzó hasta situarse frente a Grek XXI y Dirra, los cuales estaban amarrados con cadenas y sentados sobre una tarima.

El ver a Lix, el Pontífice sonrió tristemente, diciendo:

—Te menosprecié y no debí cometer ese error. Debí comprender que Roek no te eligió por capricho.

Lix señaló a Dirra y dijo:

—Ese esbirro tuyo es un asesino. Haré que lo juzguen y que la justicia se encargue de su suerte. Pero tú, Gregorio, tienes que hacer que el obispo Zaf-fir salga inmediatamente de Monte U.

—¡Ah! ¿De modo que Zaf-fir está en Monte U, cumpliendo mis instrucciones?

—Sí. Allí está, según mis noticias. Ya se ha apoderado de Brsig y Anel Liamp.

—Muy bien. Entonces no está todo perdido, Dirra. Aún tenemos esperanzas.

Lig se volvió a donde esperaba Sergo y le dijo:

—Que se lleven a este monje criminal y se lo entreguen al juez Doner.

La orden fue cumplida en el acto y Grek XXI se quedó sin la compañía de su esbirro ayudante, lo que aplacó un tanto su alegría.

—Escucha, Grek XXI o Gregorio, como quieras. Todo Qu'ell sabrá pronto quién eres, porque yo me encargaré de divulgarlo. Tus días están contados. Has matado a tu hermano Roek y morirás por ello y por haber desencadenado una guerra que pudiste evitar.

»Pero tu muerte podrá ser humanizada si ordenas a Zaf-fir que se retire de Monte U, en donde voy a situar hoy mismo varios millones de guerreros blancos y verdes. Y como mis compañeros hayan recibido el más mínimo daño, tu muerte será lo más espantoso que se haya visto en este mundo.

—¡Vamos, estúpido! Si Zaf-fir está en Monte U, la victoria es nuestra. ¿Es que no sabes que Roek me dominaba desde su aislamiento? Zaf-fir ha permanecido años estudiando las defensas de Monte U. Sabe de aquel baluarte tanto o más que el propio Roek. Y si ha logrado penetrar allí, todo lo que digamos aquí ya no servirá de nada. Yo puedo darme por muerto, así como tú también, y tus compañeros. Conozco bien al obispo Zaf-fir y sé que pronto habrá en Qu'ell un nuevo Pontífice tirano.

—¡Arrasaré Monte U, si es preciso! —exclamó Lig.

—Si ésa hubiera sido la solución, ¿crees que no lo habría hecho yo? En Monte U no se puede entrar, si los que están dentro no quieren. Son muchos los siglos que Roek estuvo estudiando la inexpugnabilidad de aquel refugio.

—Está bien. Vas a ser encerrado en la misma mazmorra que me encerraste a mí. Y no pondré allí falsos heridos para liberarte. Cuando salgas de prisión será para enfrentarme a un tribunal que te juzgará imparcialmente.

Lix se volvió a Sergo y le dijo:

—Una sólida mazmorra es suficiente para él. Allí no podrá hipnotizar a nadie. Que la comida se la den a través de un torno y que no vea a nadie.

—De acuerdo.

Cuando Lig salió de nuevo a la plaza, Jeel Sainar le informó:

—Dirra será ejecutado hoy mismo. Reek Doner y sus hombres lo buscaban desde ayer. El cardenal Thorke ya ha sido ejecutado esta mañana, junto con seis cardenales más. Otros altos dignatarios han sido condenados a trabajos forzados, pero su juicio podrá revisarse dentro de un año.

—Me parece bien. Hay que recuperar Monte U, Sainar. Llevaremos unos millones de soldados, por vía subterránea, hasta el mismo monte. Quiero que se ataque cuanto antes y deseo mezclarme entre los asaltantes.

—Yo te acompañaré, Lig. Me gustaría morir para demostrarte mi lealtad.

—No hace falta que entregues tu vida, Sainar. Sé que estás conmigo y eso me basta. Organicemos cuanto antes el asalto.

CAPÍTULO X
EL ASALTO A MONTE U

Lig-Xix pudo desplazar diez millones de hombres a las inmediaciones de Monte U, al pie de cuya cumbre se iniciaban las tres murallas que dividían el mundo. Las explosiones, derribando la muralla, se iniciaron al despuntar el día y en pocas horas se había derribado un buen número de kilómetros.

Pero Lig no esperó a que la horda verde empezase a escalar las vertientes por todos sus lados. Al frente del Comando «Buda», utilizó un camino subterráneo que suponía era el mismo que habría utilizado el obispo Zaf-fir y sus hombres. En realidad, la trama de vías subterráneas que, en la antigüedad, había comunicado Monte U con el resto de las poblaciones del Qu'ell, estaban interceptadas. Se habían cortado los circuitos y establecido barreras magnéticas infranqueables, y la comunicación quedó cortada.

No obstante, Roek siguió manteniendo una comunicación con el exterior, por donde podía, de vez en cuando, salir de Monte U. Pero el camino era secreto. A pesar de ello, Zaf-fir lo descubrió por un error de Anel Liamp y en otra ocasión, logró enviar un robot tipo «B», manipulado, al que dieron orden de utilizar un arma fotónica contra Roek.

Y Lig conocía el camino por donde o bien había penetrado el arma o el robot, y por donde, sin duda, alguna, lograron entrar Zaf-fir y sus hombres.

Un tren subterráneo les llevó hasta un andén sin luz, donde el vehículo se detuvo.

—Ven conmigo, Jeel. Que esperen aquí tus hombres. No hemos de hacer ruido.

Salieron al andén y fueron hacia la parte delantera del vehículo

subterráneo. Allí se encontraron con el muro magnético. Lig lanzó una madera vieja que recogió del suelo y vio cómo el objeto rebotaba, siendo repelido.

Para examinar el lugar, Lig había tomado una lámpara de cadmio, de gran potencia lumínica.

—No hay quien pase esto —dijo Jeel Sainar.

—No lo creas. Lo pasaremos. Mira esos ocho transistores. ¿Los ves? —Lig señaló con la mano los ocho lugares del techo, paredes y suelo—. Los haces electromagnéticos invisibles, se cruzan y se intensifican en el centro del túnel. Pero hay ocho puntos en las inmediaciones de los transistores que están fuera de la influencia magnéticas... Observa aquí.

Lig volvió a coger la madera vieja y la acercó a uno de los puntos del muro.

—¡Mira! ¿Ves, Jeel? Aquí no hay fuerza magnética. Esto se hizo para impedir el paso de trenes y se eligió este sistema. Por supuesto, mientras los generadores electromagnéticos estén funcionando, no hay modo de pasar por aquí. Pero... Observa... Este ángulo lo puedo salvar saltando con la cabeza hacia adelante.

Lig retrocedió unos pasos, se arrimó todo lo que pudo al muro y luego se lanzó de cabeza, alzando mucho el cuerpo y las piernas. El efecto fue sorprendente. Cruzó al otro lado de la barrera magnética y cayó de suerte que giró sobre la espalda, hasta quedar sentado.

Lig se levantó y agitó las manos.

—¿Has visto, Jeel Sainar? Lo mismo debéis hacer vosotros. Diles a tus hombres que vengan. Pásame la linterna y el fusil, ¡aprisa!

Lig acababa de escuchar un ruido a su espalda. Y de no haber sido por su velocidad de reflejos, había muerto del disparo fotónico que le dirigió un monje-soldado que había salido de una oquedad del muro.

Su disparo se estrelló contra la barrera magnética. Y no pudo efectuar el segundo porque Jeel Sainar, a través del agujero por el que había pasado Lig, disparó una ráfaga de proyectiles fotónicos y el monje retrocedió, soltando su arma y lanzando un grito de agonía.

Los otros compañeros de Samar, el Comando «Buda», salieron del vagón y rodearon a Sainar, quien les dijo cómo debían actuar. Y para demostrárselo, pasó el fusil automático a Lig y también la

lámpara de cadmio, para efectuar un salto él mismo.

Pero Jeel Samar no tuvo tanta suerte como Lig. Su pie rozó la corriente electromagnética y millones de iones lanzados a la velocidad de la luz le rozaron la punta del zapato, segándoselo como si fuera mantequilla cortada por un cuchillo caliente.

—¡Cuidado! ¡Estirar los brazos y saltar en línea recta! —gritó Lig—. Esta barrera es muy peligrosa.

Tres hombres del comando saltaron limpiamente, pero el cuarto también tuvo mala suerte y le fue amputada casi media pierna. Cayó al suelo derramando abundante sangre.

—¡Atendedle! —gritó Sainar, que se vendaba el pie—. Y los demás, seguid a Lig.

Este ya había llegado hasta el hueco de donde salió el monje soldado. Dentro había una escalera adosada al muro. Alumbró hacia arriba y estuvo a punto de ser alcanzado por un disparo fotónico que levantó chispas del suelo.

—¡Granadas letárgicas! —gritó Lig—. Disparad hacia arriba.

Uno de los hombres del comando se acercó provisto de un arma que lanzaba pequeñas bombas paralizantes. Asomó el brazo y disparó tres veces hacia arriba. Se oyeron gritos. Lig fue el primero en entrar y trepar por la escalera, seguido del que había disparado las granadas.

El Comando «Buda» ya se había despojado de su ropón. Ahora parecían soldados modernos y perfectamente equipados.

Pisándole los talones a Lig, aquel individuo subió a un pasillo que discurría por encima de la vía subterránea. Allí yacía un monje-soldado paralizado.

A lo largo del pasillo no se veía a nadie en ninguna dirección. Pero al fondo, hacia el interior de Monte U, las luces empezaron a apagarse.

Lig dio potencia a su lámpara y gritó:

—¡Seguidme por aquí! ¡El enemigo está allá, al fondo! Echó a correr zigzagueando, seguido del comando. Y, de pronto, fogonazos ingenios surgieron de la oscuridad, ante ellos.

Lig y el otro se arrojaron al suelo, contestando al mismo tiempo con sus modernas armas fotónicas. Y de nuevo la suerte les acompañó, porque el que había disparado contra ellos fue alcanzado por la doble descarga.

—¡Adelante!

Con la lámpara en la mano izquierda y el fusil fotónico en la derecha, Lig corrió hasta llegar a una puerta que estaba señalada con una flecha. Recordó la señal de la cadena de ascensores horizontales de Monte U.

—¡Entremos aquí!

El comando se precipitó dentro de la pequeña cabina que Lig abrió tocando un pulsador, en el instante en que volvían a disparar desde el fondo del pasillo. Y esta vez recibió la descarga uno de los comandos de Jeel Sainar, que había corrido en pos de Lig y su compañero.

Lig y el otro ya estaban corriendo en dirección a la sala central del Monte U, en donde se detuvieron al cabo de dos minutos.

—¡Cuidado ahora! ¡Pueden estar esperándonos!

Con las armas preparadas, Lig presionó el pulsador de apertura de la puerta. Y ante ellos vieron un grupo de robots domésticos, todos inmóviles. Pero en la sala no había ningún monje soldado del grupo invasor del obispo Zaf-fir.

—¿Qué es esto? —exclamó Lig. Y dándose cuenta que todos los robots tenían abierta en la espalda la caja de desconexión, comprendió que los nuevos invasores, no fiándose de los robots de servicio, los habían reunido allí, desconectándolos.

Lig procedió a conectar varios de ellos y a darles instrucciones:

—Poneos en marcha los unos a los otros. Luego, recorred las dependencias del palacio y atacar a todos los monjes soldados del obispo Zaf-fir, que son los que visten de negro de la cabeza a los pies.

—Sí, Lig. Los conocemos muy bien.

—¡Y libertad a todos los demás robots que encontréis! ¿Quién sabe dónde están Anel y Brsig?

Hubieron de repetir la pregunta varias veces, hasta que uno de los sirvientes se adelantó y dijo:

—Yo lo sé.

—¿Dónde? —preguntó Lig.

—Antes de ser desconectado y conducido aquí, tus compañeros estaban en el laboratorio físico, con el obispo Zaf-fir y otros enemigos. Querían maltratar a la muchacha.

—¡Vamos rápidamente allá, Leo Kiur! —exclamó Lig,

dirigiéndose al comando.

Tuvieron que bajar una amplia escalera y recorrer un enorme pasillo. Antes de llegar al extremo, vieron varios monjes que empezaron a disparar contra ellos.

Lig retrocedió y se parapetó tras un contrafuerte metálico. Pero el comando llamado Leo Kiur no actuó tan rápido y una chispa fotónica le alcanzó la coraza, no causándole daño pero derribándolo al suelo.

Fue Lig quien contraatacó acto seguido, disparando con el fusil automático y teniendo el acierto de alcanzar a dos monjes, lo que obligó a los otros a saltar hacia atrás, gritando.

Lig imaginó lo que iba a ocurrir a continuación, y trató de impedirlo. Apuntó hacia la caja de pulsadores de cierre y mantuvo el fuego varios segundos. Con ello impidió que funcionasen los circuitos y se cerrase la pesada puerta.

Se acercó a Leo Kiur y le preguntó:

—¿Cómo estás?

—Bien. Algo aturdido.

—Tienes que volver. Busca una cabina señalada con una flecha horizontal, penetra en ella y toca el botón S-25. Saldrás en el mismo sitio en que entramos—. Quiero que venga Samar y todos los que puedan. ¡Recuerda que estoy en el S-83! Necesitaré ayuda para entrar ahí.

—Sí, señor. Lo haré —dijo Leo Kiur.

Lig no esperó a que regresara el Comando «Buda». Sabía que Anel y Brsig podían estar en peligro y todos los segundos contaban. Por esto se fue acercando a la entrada del laboratorio de física, donde debía estar el obispo Zaf-fir con sus prisioneros.

Y, efectivamente, así era. El obispo Zaf-fir, que había actuado por su cuenta y dirigido a sólo un grupo de veinte monjes-soldados, porque estaba seguro de que nadie podría penetrar en Monte U, se había dado cuenta de su error. Podía controlar las comunicaciones exteriores y se sorprendió al saber que varios hombres habían penetrado por un paso cerrado.

Esos hombres estaban ya ante el laboratorio de física en donde trataba de obtener información a Brsig y a Anel Liamp, a los que había sometido a un tratamiento de examen psíquico, por medio de drogas y procedimiento electrónicos del cerebro.

Tanto Brsig como Anel yacían sobre sendas mesas gravitatorias y detrás de ellas se había situado Zaf-fir, que era un sujeto adiposo, mofletudo, de ojos casi saltones y que vestía con el boato de los obispos de Rigvra, con lujo criminal, bordados de oro puro, encajes finísimos, collares de perlas y diamantes y un gorro negro, de ocho picos, en cada uno de los cuales había una gran esmeralda.

Diez hombres armados estaban delante de él apuntando con sus armas hacia la puerta abierta, por donde esperaban ver aparecer a un grupo de soldados enemigos. Pero los minutos transcurrían y no sucedía nada.

—Id hasta la puerta —ordenó Zaf-fir—. Menek, ve tú.

El aludido vaciló, se volvió y luego, pálido, obedeció. Pero no fue muy lejos. Un robot armado asomó en la puerta. Dispararon todos contra él, destrozándolo. Pero otro robot ocupó su puesto acto seguido, corriendo la misma suerte. Y otro, y otro.

Más de veinte robots estuvieron apareciendo y cayendo, hasta que los monjes ya no pudieron disparar más, por haber agotado las cargas de sus fusiles. Entonces se oyó, junto a la puerta, la voz de Lig, que gritaba:

—Salid todos con los brazos en alto y nada os pasará. Si hemos de entrar nosotros, moriréis.

—¡También morirán tus amigos, Lig-Xix, los tengo en mi poder! —contestó Zaf-fir, que ahora apuntaba con un disparador manual a la cabeza de Anel Liamp.

—¿Eres Zaf-fir? —preguntó Lig.

—Sí, yo soy. Y tú eres Lig-Xix, ¿no es así?

—Cierto. Nos conocemos muy bien. Hace poco hablé con Grek XXI y me dijo que si tú estabas aquí, serias el próximo Pontífice, porque no conoce a nadie más traidor que tú. Pero yo no pienso hacerte daño, señor obispo. Sólo quiero defender a mis compañeros. De suerte que si en algo aprecias tu vida, te la cambio por la de ellos. Es justo. No morirás.

Zaf-fir era un cobarde. Y se lo pensó bien. Si se ganaba la confianza de aquellos jóvenes tal vez sería más ventajoso para él, ya que Grek XXI ya estaba cautivo y él lo sabía muy bien.

—Está bien, Lig-Xix. Puedes entrar. Nos rendimos.

—No. Salid vosotros con las manos en alto, de uno en uno, empezando por ti.

Saf-fir dejó su arma junto a los pies de Anel y con un esto de impotencia a sus hombres, se dirigió a la puerta pero no llegó a ella. Uno de los monjes soldados aún tenía carga en su fusil. Y fue él el que apuntó a la espalda del traidor y le disparó sin vacilar, gritándole:

—¡Muere, traidor! ¡No tienes derecho a la vida, perro! Los otros monjes desarmaron al asesino y uno de ellos fue hacia la puerta, gritando:

—¡Le han matado! ¡Ha matado a nuestro obispo!

Lig no se fió. Pero cómo en aquel instante llegaban Jeel Samar y otros dos comandos, se acercó a la puerta y encañonó a los monjes, conminándolos:

—Quietos... Las manos bien altas... ¡Tú, suelta ese fusil!

Todos obedecieron y Lig entró en el laboratorio, seguido de Samar y los otros, quienes pronto dominaron la situación. Los monjes hubieron de retirar los robots humeantes que había en la entrada, mientras Samar examinaba al postrado Zaf-fir y comprobando su muerte.

Lig, por su parte, desconectó los circuitos electrónicos que tenían Anel y Brsig en el cráneo, inyectándoles un reanimador. Y en pocos minutos tuvo recuperados a sus amigos.

Se abrieron entonces algunas entradas secretas de Monte U y se permitió la entrada a jefes verdes y blancos, entre los que estaba Sergo, el ayudante de Brsig. Al encontrarse de nuevo estos dos hombres, se abrazaron.

Lig se entrevistó con un general de Utt, quien le informó que su padre, Gan-Xix-543 había muerto después de ser capturado en Tr'aak. Su cadáver había sido devuelto. Fue preciso consolar a Lig, de lo que se cuidó Anel, que previamente había enviado un mensaje particular a Xerky, avisando a su madre y hermana de que estaba bien.

La guerra, sin embargo, no había terminado aún, porque existían lugares en que se continuaba luchando encarnizadamente. Y Lig ordenó que grupos de mensajeros de las tres razas de Qu'ell fueran allí en aparatos ultrarrápidos, anunciando que se había firmado el armisticio.

Se exigió también, que el Pontífice rojo saliera en las superpantallas de televisión 3D, y explicara su derrota y su

renuncia, concediendo la libertad religiosa a todos los seres de Qu'ell.

Pero el mensaje más importante lo emitieron simultáneamente Lig, Anel y Brsig, desde la antigua sala de audiencias del palacio de Monte U, abierta para que las cámaras de ultratelevisión directa pudieran comunicarse con todo el planeta.

Lig empezó diciendo:

—Me llamo Lig-Xix-201 y nací en Utt, Bogvra. Estos son mis compañeros Brsig y Anel Liamp. Los tres fuimos elegidos para cruzar la Gran Muralla y pedir audiencia al Consejo Superior Sagrado de Rigvra. Fuimos dirigidos por el Gran Mago de Monte U, Roek, que era hermano del Pontífice rojo, Grek XXI. Ambos hermanos gozaban de longevidad, gracias a la Fórmula Uno-Seis-Tres que es un revitalizador biológico, capaz de hacer eterna una existencia. Roek no dijo a nadie cuánto tiempo llevaba viviendo, pero su hermano fingió morir y resucitar treinta y seis veces, con lo que creó una falsa religión que ha dominado totalmente Rigvra.

»Pero los sabios filósofos-profetas del pasado sabían lo que iba a suceder, y por eso predijeron la Gran Guerra del Exterminio de la que saldrían vencedores los pacíficos hombres verdes, cuya doctrina es vivir en consonancia con la naturaleza, que es la auténtica obra de Dios.

»Y Roek no quiso continuar la guerra, ni permitir que el holocausto fuese total. Por eso nos llevó a monte U y no explicó su verdadero plan. Él pensaba retirarse cuando todo estuviera apaciguado y deseaba una Tríada de blanco, rojo y verde para sucederle, dejando a nuestro albedrío el uso de la Fórmula Uno-Seis-Tres, la cual hemos decidido, de mutuo acuerdo, destruir sin ingerirla, para que nuestra existencia sea igual que la de todos los humanos.

»Pero nos reservamos el mando que nos fue conferido y que hemos conquistado. Queremos que la Muralla Sagrada quede derribada, cosa que ya hemos empezado a ejecutar y que seguirán derribando todos nuestros obreros hasta su demolición total.

»Queremos que se reconstruyan las casas donde viven los hombres de Qu'ell, pero que no sean como han sido hasta ahora en Rigvra y Bogvra, sino que sean mansiones dignas, unifamiliares, rodeadas de árboles, ríos limpios, animales que no teman al

hombre, pájaros, flores, paseos y jardines.

»Haremos que se reconstruyan las grandes ciudades para los complejos administrativos, industrias y comercios. Pero las familias y sus hijos vivirán en lugares adecuados, con rápidas vías de comunicación de un lugar a otro. Y la tecnología nos lo puede solucionar. A eso se dedicará la tarea de reconstrucción.

»Al mismo tiempo, queremos que Ultvra se una al progreso de las comodidades modernas en las mismas condiciones que los demás. Se podrá casar una pareja compuesta de blanco y roja, de roja y verde, de verde y blanco y los hijos de estos cruces serán tan dignos como los demás hijos. Cualquier actitud racista será severamente castigada y extirpada de raíz sin contemplaciones.

»Y el planeta en que vivimos volverá a llamarse La Tierra y no Qu'ell, Tao será La Luna y Grek será El Sol, como ha sido siempre.

»Monte U será palacio residencia del Jefe de Gobierno que elija el pueblo universal de La Tierra, y las elecciones para ese nombramiento se harán en breve, porque nosotros no queremos detentar siempre el mando. Todo cuanto se decida a partir de ahora se hará en un Congreso de Jefes y las decisiones se tomarán por votación.

* * *

Por votación, efectivamente, se decidió que Grek XXI permaneciera encarcelado hasta su muerte, privándole del revitalizador biológico. Y murió seis años después de su encierro.

Lig-Xix se casó con Anel y Brsig se casó con la hermana de Anel, Isna.

Jeel Samar, a quien la pérdida de parte de su pie no le impidió estudiar religión en Monte U, donde Lig le puso a su disposición todo el Archivo Histórico de Roek, acabó pidiendo permiso al Gobierno para fundar el Neocristianismo, una religión que resucitó la esencia del cristianismo, como había sido en el remoto pasado. Y Samar tuvo la suerte de encontrar seguidores, cada vez en mayor número. Por cada doscientos fieles a cualquier religión, el Gobierno permitía la construcción de un templo.

Y Jeel Samar llegó a ser Sumo Pontífice de la Iglesia Cristiana en muy pocos años.

El juez Reek Donar se convirtió en el hombre más magnánimo de La Tierra. No decretó ninguna condena a muerte. Pero tuvo en

trabajos forzados durante años a muchos individuos que hubieran estado mejor muertos.

Y la vida en La Tierra empezó a ser feliz y tener un objetivo importante. Alguien se fijó en las estrellas y sugirió la idea de ir a reconquistarlas.

A Lig y a Anel le gustó aquella idea y soñaron con ir a Júpiter y Saturno y comprobar su aún quedaban allí antiguos compatriotas suyos. ¿Por qué no? El Universo era muy grande y la raza humana no podía extinguirse.

—¡Iremos a las estrellas! —dijeron Anel y Lig. ¡Y fueron!

FIN